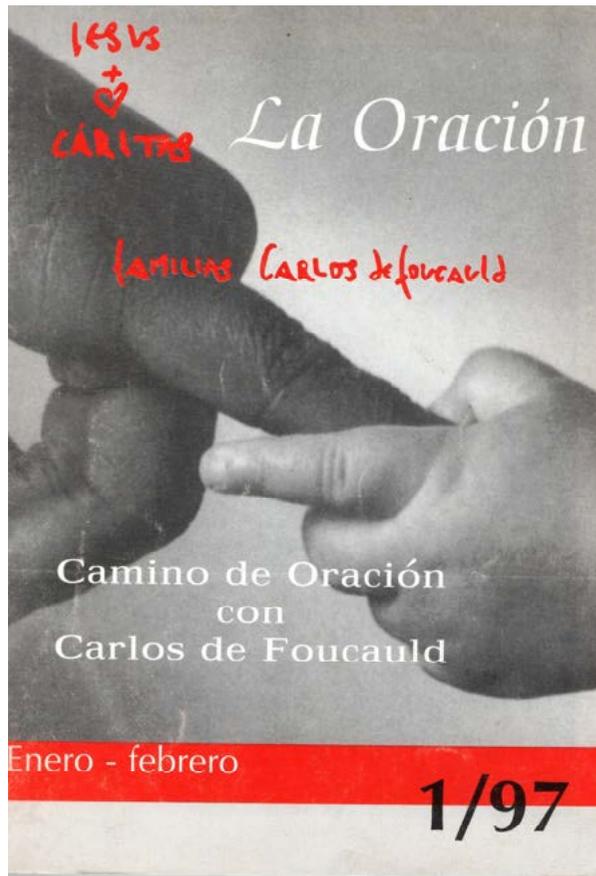


Portada.

La Oración.

Oración.

[Índice](#)



		La Oración	
		"Camino de Oración con Carlos de Foucauld"	
S U M A R I O	• Editorial		
		Orar es estar a solas con el amado	3
	• Testimonios y experiencias		
		Camino de oración con Carlos de Foucauld	6
	• Ideas y orientaciones		
		Experiencias de oración en la Biblia	24
		La contemplación	40
	• Páginas para la oración		
		Actitudes que ayudan a orar (1)	52
	• Noticias y comunicación		56
• Un libro un amigo			
	Ora a tu Padre	63	
• Fraternidades		64	

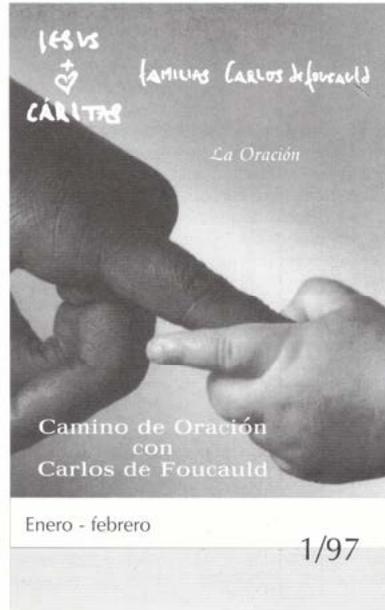
IESVS
+
CÁRITAS

Boletín Bimestral

Enero-febrero 1997
Época VIII - nº 112

111

Asociación C. FAMILIAS CARLOS de foucauld



INDICE

Contenido

Portada.....	1
La Oración.....	1
Oración.....	1
Índice.....	1
Oración.....	4
<i>EDITORIAL</i>	4
Orar es estar a solas con el Amado.....	4
<i>TESTIMONIO Y EXPERIENCIAS</i>	5
Camino de Oración.....	6
C. de Foucauld.....	6
Eutiquio SANZ.....	6
<i>IDEAS Y ORIENTACIONES</i>	18
Experiencias de oración en la Biblia.....	18
Oración.....	18
Eutiquio SANZ.....	18
La Contemplación.....	29
Eutiquio SANZ.....	29
<i>Páginas para la oración</i>	36
<i>PÁGINAS PARA LA ORACIÓN</i>	36
Actitudes que ayudan a orar (1).....	37
Oración.....	37
<i>Noticias y comunicación</i>	39
UN LIBRO UN AMIGO.....	45

Editorial.



...Dentro del Carisma del Hno. Carlos la oración ocupa un lugar central...

Oración.

EDITORIAL.

Orar es estar a solas con el Amado.

Iniciamos un año más nuestra andadura del Boletín, y la iniciamos dedicando este primer número al tema de la oración. Dentro del Carisma del hermano Carlos, la oración ocupa un lugar central, es uno de los pilares básicos de nuestra espiritualidad.

El concepto que el hermano Carlos tiene de la oración es sencillo y profundo a la vez: “Cuando se ama, se querría hablar sin cesar del ser amado, al menos mirarle sin parar, la oración no es otra cosa: es la conversación familiar con nuestro Bien Amado. Se le mira, se le dice que se le ama, se alegra uno de estar a sus pies, se le dice que se quiere vivir y morir para él...”.

Para él, el fundamento de la necesidad y la forma como orar está como no podía ser de otra manera, en Jesús de Nazaret; al hermano Carlos le gustaba recordar y contemplar a Jesús orando solo en la noche, en el monte (Mt 24,23) y comenta “¡Que dulce es estar íntimamente con quien se llama en medio del silencio del descanso universal y de las sombras que cubren a la tierra! ¡Qué dulce es ir en estas horas o orar de la intimidad con Dios!... Horas en que, mientras todos se calla, todo duerme, todo está sumergido en las sombras, yo vivo a los pies de Dios, explayando mi corazón en su amor, diciéndole que le amo, y Él respondiéndome que yo no lo amaré jamás, por grande que sea mi amor tanto como Él me quiere”.

Para Carlos de Foucauld, “lo podemos todo por la oración si oramos con fe, constancia y confianza” y, por tanto, “si no oramos bastante, somos responsables de todo el bien que

podríamos hacer por medio de la oración que no hemos hecho. ¡Qué terrible responsabilidad! Pero a la vez, ¡Qué bondad por parte de nuestro Señor hacernos así de este modo, participes de su poderío, dando un tal valor a nuestras oraciones!”.

Por último, lo importante para Carlos de Foucauld, es que toda nuestra vida se convierta en una vida de oración para lo cual, nos dice él, son necesarias dos cosas: “primeramente”, que nuestra vida encierre en sí misma un tiempo suficientemente largo consagrado a la oración; después, (p.3) que durante las horas consagradas a otras ocupaciones quedemos unidos a Dios conservando su presencia y volviéndonos a Él por frecuentes elevaciones de nuestros corazones y miradas”.

Con este número del Boletín pretendemos ayudar de nuevo a la reflexión personal y de grupo sobre este tema tan esencial de la oración, desde un convencimiento y es que solo el contemplativo es el que es capaz de cooperar en la transformación de la historia, es capaz de empujar la historia hacia el reinado de Dios; porque solo el contemplativo, uniéndose a Dios-Amor por la contemplación, puede convertirse en canal transmisor del Amor que transforma y libera en medio de este mundo.

El enfoque, como es normal, es muy foucauldiano. Los materiales que os presentamos están recogidos de la Fraternidad Secular. Son materiales elaborados por ellos para las reuniones de formación de los grupos de base y aunque están hechos de forma experimental, nos han parecido muy interesantes; los cuestionarios que aportan son muy valiosos para el trabajo y la profundización en cada uno de los aspectos. Junto a estos trabajos, añadimos un estudio bien trabajado por Eutiquio Sanz, sobre la oración de Carlos de Foucauld, su itinerario y los elementos esenciales de su vida de oración. Creo que en su conjunto resulta un número muy rico e interesante que a todos nos puede beneficiar. (p4)

Testimonio y experiencias.



TESTIMONIO Y EXPERIENCIAS.

Camino de Oración

C. de Foucauld.

Eutiquio SANZ.

CAMINO DE ORACIÓN CON CARLOS DE FOUCAULD.

Carlos de Foucauld fue un hombre de oración. La oración es uno de los hilos conductores de su vida. Una oración que es encuentro de amor con su Bienamado Hermano y Señor Jesús encuentro que lo pone en camino siguiendo sus pasos, reproduciendo su imagen en él y esto le llevará al encuentro con los demás, sobre todo con el pobre y el pequeño porque, el que contempla en la Eucaristía es el mismo que ama y encuentra en los pobres y los débiles. Eutiquio Sanz nos hace un buen recorrido por esta experiencia orante del hermano Carlos, indicándonos sus distintas etapas y los efectos que en él iba produciendo.

Introducción.

Para conocer un camino, no hay otra forma que adentrarse en él. Y si es un camino nuevo, no muy bien trazado, necesitamos un guía, alguien experto que nos posibilite el avanzar sin excesivos tropiezos. Y el mejor guía que yo he encontrado es, precisamente, el hermano Carlos, no tanto por lo que dijo o escribió, sobre la oración, sino, sobre todo, porque fue un hombre de oración, alguien cuya insistencia fue totalmente trastornada por el encuentro con Dios bajo los rasgos de Jesús de Nazaret. Alguien que, a fuerza de vivir la Eucaristía, llegó a ser el mismo como Eucaristía para sus hermanos, hasta el punto de dar la vida por ellos.

Vamos a buscar los rasgos característicos de su oración, de esta intimidad con Dios encontrado en el camino de Nazaret a través de las grandes etapas de su itinerario espiritual.

Podríamos marcar en este camino siete etapas que nos definirían, grosso modo, los rasgos elementales de la oración en Carlos de Foucauld. Ni que decir tiene que con esto no agotamos el tema, pero sí, nos da una visión de lo que se pretende.

Las distintas etapas podríamos resumirlas en:

- 1/- La conversión del corazón: un pobre que busca a Dios.
- 2/- El rostro de Dios. El encuentro con Él. ¿Cuál es su rostro?
- 3/- Vivir sólo para Dios siguiendo los pasos de Jesús de Nazaret.
- 4/- El Padre nuestro. La oración de Jesús. Como Jesús nos enseñó a rezar.
- 5/- Una oración centrada en la Eucaristía y una vida bajo el signo de este misterio. (p.6)
- 6/- Una vida que se hace oración. La oración de un pobre.
- 7/- La oración de compasión. Sobre las huellas del servidor sufriente.

.1ª etapa: La conversión del corazón: un pobre que busca a Dios.

Antes de su conversión, el Hermano Carlos presintió que no se prueba o no se demuestra la existencia de Dios, sino que se le encuentra...y que, para encontrarlo, hay que buscarlo, “tener hambre de Él”, “necesidad de Él”, situarse ante Él como

pobre. Casi me atrevería a decir que Carlos de Foucauld rezó antes de creer: “Dios mío, si existes has que te conozca”.

De adolescente había rechazado una cierta imagen de Dios. Creyó que había perdido definitivamente la fe. Pero después de ir a Marruecos, sacudido por el testimonio de la oración musulmana, reciente que Dios está más allá de las posibilidades del conocimiento humano y que, entonces, solamente se le puede llamar para que venga a nuestro encuentro y desearlo de todo corazón.

En el fondo, lo que pide, sin saberlo, es el don de Dios: el Espíritu Santo, el que nos enseña a decir: ¡ABBA! (Rom. 8,15).

Sin este Espíritu no podemos hacer nada. Solo Él puede hacernos penetrar en el misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, modelando en nosotros un corazón filial con el cual podamos decir en verdad con Jesús: ¡ABBA! el Espíritu Santo es, muchas veces el gran olvidado en la oración.

Invocar este Espíritu que ha dado vida al primer hombre (Gén.2. 7) y que tiene el poder de “re-crearnos”, de darnos un corazón nuevo, un espíritu nuevo (Ez. 36, 26-27) capaz de recibir a Dios, fue una constante en la vida del hermano Carlos, que se caracterizó por su docilidad al Espíritu Santo.

Se trata, pues, de dejarnos llevar por la gracia. De dejarnos conducir por el Espíritu. Sin dirigir nuestra oración, sino cuando Él la pone en nuestras manos.

Sería bueno releer la conversación de Jesús con Nicodemo (Jn. 3,1-21), quien consciente de ser un maestro en la religión, va a Jesús diciéndole: “Nosotros sabemos...” Y, a lo largo de la conversación Jesús se ha empeñado en demostrarle que

justamente no sabe... Porque “para ver el Reino de Dios hay que nacer de nuevo, nacer del Espíritu”.

Nos recuerda el texto: “Si no volvéis a nacer como niños, no entraréis en el Reino de los cielos” (Mt.18,34). Y reencontrarnos la infancia espiritual como fundamento de la oración.

El Hermano Carlos buscando la (p.7) luz, tiene plena conciencia de que no sabe. Busca como un pobre y como un niño. Y nosotros, ¿buscamos a Dios como pobres o como sabios? (Mt.11, 25 26).

Ahí hay un primer punto, que es fundamental: no podemos alcanzar a Dios por nuestras propias fuerzas. Solo podemos recibirlo en actitud de pobres y pecadores, en la conversión del corazón.

El Evangelio es muy claro al respecto: * El Hijo pródigo (Lc.15,11-32) *La oración del publicano (Lc.18,9-14) *La mujer perdonada a los pies de Jesús en casa de Simón el fariseo (Lc.7,36-50) y muchos otros pasajes.

Llama a la atención, también, en el Evangelio, que muchas veces Jesús manda anunciar la Buena Nueva a los que acaba de curar o perdonar: el endemoniado de Gerasa (Mc. 5,18 20) y, sobre todo, Pedro, que necesita, él también, encontrar a Dios como un pecador perdonado antes de poder confirmar a sus hermanos en la fe (Mt.22,31-34).

Es bueno poder releer la historia de nuestras vidas, nuestra historia humana, y sería bueno hacerlo bajo esta luz: la vida de un Dios que perdona, un Dios que recibe siempre al que se reconoce pobre y pecador para darle un corazón nuevo. Es tan importante descubrir en nuestra vida que Dios viene siempre

a nuestro encuentro a través de nuestra debilidad y miseria... Lo que puede impedir que Dios venga nosotros no es nuestra miseria, sino nuestra suficiencia. Él no viene a nosotros por aquello que nos causa orgullo, sino por aquello que nos falta, porque no vino para atender a los sanos, sino para los enfermos... no para llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt. 9,12).

Es bueno releer el Evangelio preguntándonos: ¿Dónde nos situamos para ser encontrados por Jesús? No es tan seguro que estemos del buen lado para ser encontrados y curados por él... ¿Estamos del lado de los enfermos o del lado de los sanos? ¿En el camino de la gente bien instalada en su casa o con esa pobre mujer que miran con desprecio los invitados, a la salida de la fiesta? ¿Estamos del lado del hijo pródigo o del lado del hijo mayor?

2ª etapa: **El encuentro con Dios. ¿Cuál es su rostro?**

En el encuentro del hermano Carlos con su Dios fue valioso el recibimiento del P. Huvelin muy excepcional para su época.

La Piedad estaba marcada por una cierta distancia de Dios y no se empuja para el cristiano a los brazos de la Misericordia. La bondad, la intuición, del P. Huvelin fueron debidamente providenciales, (p.8) como lo fue también la bondad de la prima María de Bondy, que a lo largo de su vida resultó así con una presencia materna. Es importante subrayar cómo la bondad de los que estaban alrededor del hermano Carlos le facilitaron el encuentro con el Dios-Amor.

Cuando nos toca tener que ayudar a alguien en este camino, si nuestras palabras y nuestros actos nos dan testimonio

del amor que Dios nos ama, muy fácilmente desfiguramos el rostro de Dios.

Reencontrar al Señor, ¿no será dando, primero, el testimonio de esta bondad de Dios?

El P. Huvelin entendió que el Hno. Carlos era un pobre con sed de Dios. No tenía necesidad de grandes discursos, no quería discutir de religión con él, pero lo manda a beber de la fuente: reconciliarse con Dios y comulgar.

Verdaderamente ese encuentro con Dios vivo marca al hermano Carlos para toda su vida. Años después hablará de la paz infinita, de la luz radiante que probó en este momento. Hizo al mismo tiempo la experiencia del Hijo pródigo quien encuentra al Padre en el perdón y la del Peregrino de Emaús (Lc. 24,13-33), quien al final de un largo caminar reconoce al Hijo en la fracción del Pan.

El hermano Carlos es huérfano. El autor de un libro reciente sobre su vida insiste en el hecho de que quedó profundamente herido por la muerte de sus padres, sobre todo de su padre. En efecto, éste murió tras una dolorosa enfermedad que destruyó las células de su cerebro y lo hizo cada vez menos él mismo, llevándole a aislarse de la vida familiar.

Sobre este punto de ausencia, su encuentro con Dios experimentado como Padre fue algo extraordinario. Encontrar al Padre fue para el hacer la experiencia de la ternura de Dios, la experiencia del perdón, que no lleva a la penitencia sino a la fiesta.

Es importante la parábola del hijo pródigo o para comprender, en un tiempo marcado por un cierto rechazo del sacramento del perdón, lo que es esta reconciliación con Dios.

Es materialmente imposible saber con qué amor somos amados, mientras no hemos sido recibidos como “el que está perdido” (Lc. 7,47-91). Esta experiencia de la misericordia de Dios es indispensable también para creer en nosotros un corazón misericordioso que sepa, a su vez, perdonar (Mt.18, 53).

Encontrar al hijo es reconocerlo en la Fracción del Pan, es decir, como el que viene para salvarnos haciéndose servidor de la Voluntad del Padre, entregando su vida por nosotros (p.9).

Para el hermano Carlos la Eucaristía ha sido desde ese día el tesoro de la presencia y el corazón de toda su vida... una vida que será ella también comida dada a sus hermanos día a día.

El hermano Carlos encontró el Dios amor que perdona incansablemente, que busca la oveja perdida. Y lo presente ya en Jesús, el que vino, Pobre, al encuentro del hombre y que no para de caminar así en medio de nosotros, el que siempre está presente bajo el rostro del Pobre.

Si el hombre va al encuentro de Dios como un pobre es porque Dios mismo vino, como pobre, a su encuentro.

Una frase del P. Huvelin va a acentuar lo anterior: “Jesús ocupó de tal modo el último lugar que nadie, jamás se lo pudo quitar“. Es todo el misterio de Jesús, servidor, cumpliendo en sí el destino del servidor sufriente de Isaías, “El que fue contado como un criminal, que llevó el pecado de las multitudes e intercedía por los pecadores” (Is.53, 12, Lc.13, 34).

Antes de reflexionar sobre la oración en sí sería bueno preguntarse: ¿Es este el Dios al que encontramos y al que rezamos? Porque nuestra oración está condicionada por la imagen que nos hagamos de Dios.

El hermano Carlos puede ayudarnos a descubrir el rostro de Dios que habló a su corazón. Siete años después de su conversión, cuando dejó la trampa para ir al encuentro de Jesús en el camino de Nazaret, escribe: “Mi oración es descender“. Y al final de su vida, en Tamarasset, comentando la frase del Evangelio: “Descendió con ellos a Nazaret...” escribía: «Toda su vida no hizo más que descender: descender encarnándose, descender haciéndose niño, descender obedeciendo, descender haciéndose pobre, abandonado, perseguido, torturado, poniéndose siempre en el último lugar”.

3ª etapa: Vivir sólo para Dios siguiendo los pasos de Jesús de Nazaret.

No sabemos si el P. Huvelin aconsejó al hermano Carlos leer muchos libros. Pero sabemos que le pidió ir a Tierra Santa y esa peregrinación le marcó muchísimo. Fue el golpe de realismo para su encarnación. Sabía que Jesús había elegido el último lugar, pero en los lugares mismos de la Encarnación lo vió con sus ojos, lo tocó con sus manos.

“Me quedé en Nazaret, me aloje en una cabaña de madera... Abracé la existencia humilde y oscura de Dios, obrero de Nazaret“. (p.10)

Llega a Tierra Santa en una época en la que el país y los cristianos están marcados por una gran pobreza, se mire por donde se mire, Nazaret era verdaderamente un pueblo perdido, abandonado... Allí descubre hasta qué punto nos amó Dios.

El hermano Carlos tiene siempre necesidad en su vida de expresar lo que descubre y lo que siente. Para él, ese momento, seguir a Jesús, vivir solo para Dios va a hacer algo extremadamente concreto, Jesús vivió allí durante 30 años, seguirlo será pues, compartir concretamente la misma vida: vivir

solo para Dios será elegir el anonadamiento de Jesús de Nazaret en la condición de un Pobre.

Habrán etapas de tanteo, pero lo esencial está ya en germen: Jesús encontrado bajo los rasgos del pobre, en lo ordinario de Nazaret y lo quiere alcanzar en la condición social que elige.

Es un impacto ese momento, porque siete años más tarde escribirá: "Tengo mucha sed de llevar, por fin, la vida que adiviné hace siete años, caminando por las calles de Nazaret, que pisaron los pies de Nuestro Señor, pobre artesano perdido en la abyección y la oscuridad."

Ser configurado es tomar el mismo rostro, parece profundo; esa configuración (p.12) es como la luz de la inserción. Si no tuviéramos ese deseo, no seríamos más que una lámpara con la luz apagada.

Nazaret es el lugar de nuestra contemplación, y, en ese compartir concreto de una vida pobre, podremos ser configurados con Jesús de Nazaret pobre y servidor.

Es muy importante descubrir, a través del Evangelio, la humildad de Dios, el que viene a nosotros bajo los rasgos de Jesús de Nazaret, el que baja:

* En Belén como un pequeño sin defensa y como un pobre sin techo (Lc. 2,6-7).

* En Nazaret durante 30 años, el tiempo necesario para modelar en todas sus reacciones un hombre simple y pobre, un

hombre verdaderamente de ese pueblo de donde nada bueno puede salir (Mt. 2,23; 13,54-58 y Jn. 1,46).

* En el Jordán para ser bautizado poniéndose en medio de los pecadores, a pesar de las protestas de Juan Bautista (Mt. 3,13-16).

* En el desierto para ser tentado y no tomar otro camino que el de Siervo (Mc. 4,1-14).

* En la mesa de Zaqueo y en la de (p.12) Levi; otra vez con los publicanos y pecadores (Mt. 9,9-1; 3,1-10).

* A los pies de sus discípulos, en el gesto de un esclavo, cuando llego su hora (Jn. 13,1-20).

* En medio de los condenados y los excluidos, en las tinieblas de Getsemaní y del Gólgota (Mt. 26, 36-46; 27, 32-50; etc.).

Tendríamos todos que hacer nuestros estos textos sintiéndolos en el fondo del corazón. Hay que llegar a esa convicción de que el amor se hace pequeño delante de quienes ama. Cuando uno busca los fundamentos de la oración, finalmente se vuelve siempre al espíritu de infancia.

PARA ENCONTRAR A DIOS HAY QUE LLEGAR A SER PEQUEÑOS Y POBRES... NO HAY OTRO CAMINO.

El Evangelio fue siempre para él un lugar privilegiado para encontrarse con Jesús. El evangelio recibido con sencillez de corazón. Aún hoy, si con la renovación bíblica disponemos de mejores instrumentos de trabajo que el hermano Carlos, sería una lástima no ponerse en su escuela para recibir la palabra con sencillez de corazón.

El hermano Carlos en efecto, recibe el Evangelio como un niño. Desde que escucha la Palabra, la prefiere a todo, y trata de ponerla en práctica, de hacerla pasar por su vida.

“Tenemos que tratar de impregnarnos del espíritu de Jesús (impregnar hace pensar en una esponja que se llena de agua). Leyendo y releendo meditando y remitido ando sin cesar sus palabras y sus ejemplos para que obren en nuestras almas como la gota de agua que cae en una piedra siempre en el mismo lugar”.

No se trata de una meditación abstracta, sino de una mirada llena de amor que necesita traducirse en actos y expresarse en la vida cotidiana.

Así, en la vida de cada día, el Evangelio es para el hermano Carlos, luz que mantiene la lámpara encendida, que le hace amar no con palabras, sino con actos. Concuera muy bien con lo que dice San Juan de este lazo indispensable entre conocimiento de Dios y amor divino.

Es importante ayudar a los jóvenes a descubrir que el fruto de una oración auténtica, de una verdadera comunión con Dios, es el amor fraterno, una cierta calidad de amor que nos hace recibir a todo ser humano con respeto, mansedumbre y humildad, a la manera de Jesús.

Podemos releer en San Mateo el retrato de Jesús manso y humilde (Mt. 11,28-30) y el del servidor que (p.13) “no apaga la mecha que todavía humea” (Mt.12, 18-21).

En esta perspectiva, contemplación y compromiso van juntos. No hay verdadera oración sin conversión del corazón. Esta conversión del corazón, en el camino de Nazaret, comporta siempre una dimensión social.

En efecto, vivir solo para Dios en los pasos de Jesús de Nazaret es tener, para cada persona, una mirada nueva, es amarla como Jesús la ama. Eso lleva a reaccionar y contestar

como Jesús, con nuestra manera de ser ante ciertos comportamientos impuestos por la sociedad, ciertos sistemas políticos que no respetan los derechos de las personas, sobre todo los de los más pobres.

Y encontraremos a Jesús no solamente en las Iglesias, sino en todo lo que hace al compartir la condición de los Pobres: el trabajo cotidiano con todos los que tienen que sobrellevar las exigencias, las alegrías, las penas, y desde esa comunidad de destino tiene que estallar nuestra oración, porque, en ese cotidiano, Dios se esconde y nos espera. No hay que buscarlo en otra parte.

Para entender bien esto podemos volver a la vida del hermano Carlos. En Nazaret, en la ermita de las Clarisas, probablemente tuvo más tiempo para rezar y condiciones exteriores que favorecían el recogimiento y el silencio. Por otra parte, de este periodo son todos sus escritos sobre la oración.

Como él, necesitamos de un enraizamiento muy fuerte en la oración. A lo largo de toda nuestra vida tenemos que saber, de tiempo en tiempo, retirarnos para Dios, ir con Él al desierto.

Pero entonces, ¿por qué este hogar de las Clarisas no fue para el hermano Carlos lo definitivo, el final de su vida contemplativa?

“El amor debe recogerte en mí y no el alejamiento de mis hijos. En ellos, mírame y como yo, en Nazaret, vive cerca de ellos, perdido en Dios”, escribe cuando busca instalarse en el Hogar.

El amor está en el corazón de toda la llamada contemplativa y ese amor lo va a empujar a dejar el silencio de su ermita buscando un Nazaret más mezclado con todos y perdido en medio de los hombres... Beni Abbès y finalmente

Tamanrasset, donde vives solo, sin la menor clausura, tuareg en medio de los tuaregs. Es la última etapa, y una gran pobreza macará toda su vida, físicamente se siente gastado, moralmente tiene la impresión de un fracaso, va a morir solo, sin un compañero... No solamente no escribe mucho sobre la oración, sino que también le parece no tener muchas palabras ni sentimientos para (p.14) rezar y, sin embargo, los testimonios de los que están cerca de él, en este momento, aseguran unánimemente que irradia una presencia y que toda su vida expresa ternura.

Constantemente comido, por la gente, su corazón queda atento a Jesús. Sin duda tiene mucho menos tiempo para rezar en Nazaret, pero revela, como en transparencia, a Jesús de Nazaret, el pobre, servidor, recibiendo todo dolor, atento a toda persona. Este amor apasionado por Jesús unifica toda su vida.

El hermano Paul Marnay escribió en alguna parte: “El realismo del amor, en contacto con las realidades humanas individuales y colectivas, nos invita a una mirada crítica y constructiva sobre la sociedad y nos llama a vivir las consecuencias”.

Para resumir podemos decir:

La contemplación de Dios encarnado nos lleva a descubrir en todo hombre el rostro de un hermano, sobre todo si el sufrimiento crea en él una misteriosa transparencia, revela el rostro de Dios, Jesús de Nazaret. Esa condición es indispensable para vivir sin tensión el tironear de Nazaret, porque ahí se fundamenta la unidad de nuestra vida.

4ª etapa: El **Padre nuestro. La oración de Jesús. Como Jesús nos enseñó a rezar.**

Cuando uno lee los escritos del hermano Carlos siente que buscó apasionadamente, la manera de rezar como Jesús. Podemos encontrar en ellos un comentario de cada versículo del evangelio que hace mención de esta oración. En el **Modelo único** estableció cuidadosamente la lista. Sería bueno buscar en el Evangelio, sobre todo en Lucas, los textos que nos hablan de la oración de Jesús. Podemos también buscar lo que Jesús dijo de la oración.

En este deseo de aprender de Jesús, como avisar, el hermano Carlos meditó largamente el Padre nuestro. Una meditación la redactó en una fecha importante de su vida, el 23 de enero de 1897. Ese día obtuvo el permiso de dejar la Trapa y se va a Nazaret. Ese día medita, de un tirón, el Padre nuestro (p. 15).

Me parece que podemos encontrar en ese comentario, de manera muy simple, lo que era para el hermano Carlos la oración de Jesús y como entró en esta oración. Primero se detiene en la palabra Padre, que le revela la bondad de Dios el Amor con el cual es amado, y en seguida saca las consecuencias prácticas para su comportamiento. Para él, un descubrimiento siempre tiene que expresarse en la vida.

“Porque sois tan bueno para mí, bueno debo ser yo para los demás” y “Si quieres ser mi Padre y el de todos los hombres, tengo que tener para todo hombre, por malo que sea, los sentimientos de un tierno hermano.

La palabra “Padre” evoca inmediatamente para él la relación fraterna con todos los hombres. ¡Tantas veces podemos desfigurar el rostro de Dios llamándolo Padre si no nos comportamos como hermanos...!

Se detiene en cada una de las tres primeras peticiones del Padre Nuestro y señala que, en el fondo, expresan una misma cosa: “Que la gloria de Dios se manifieste y que todos los hombres sean salvados”.

Descubrir así que la oración que brota espontáneamente del corazón de Cristo, es el deseo de que se cumpla en Él, el diseño del amor de Dios:

“El misterio de su Voluntad, lo que Dios proyectaba en Cristo, para el momento en que se cumplirá la plenitud de los tiempos. En su Amor, proyectaba captar el mundo entero. Lo que está en los cielos y lo que está en la tierra, reuniendo todo bajo una sola cabeza: Cristo” (Ef 1,9).

Y agrega: “Tendría que ser la meta única de todas nuestras oraciones, de todas nuestras acciones”.

En esas palabras expresa el hermano Carlos toda la dimensión Cristológica de su oración: recibir en el fondo de su corazón el gran designio de Amor del Padre y entrar, por toda su oración y toda su vida, en la respuesta del Hijo: “que se haga tu voluntad...”

Es el corazón de la oración de abandono, es entrar en el trabajo de Jesús Salvador.

Subraya además que todas las peticiones del Padre nuestro se expresan en plural: “Yo no pido solo por mí, y no digo mi Padre, sino nuestro Padre. No digo mi Pan, sino nuestro Pan. No pido nada para mí sólo. Todo lo que pido en el Padre nuestro, lo pido a Dios para todos los hombres. Y aclara no rezar por mí solo, sino pedir por todos los hombres”.

Y aclarar: “No rezar por mí solo, sino pedir por todos los hombres, por todos nosotros, hijos de nuestro Señor, amados por Él; por todos nosotros rescatados por su sangre”. (p.16)

De cada petición, siempre fiel a su preocupación de coherencia, el hermano Carlos saca las consecuencias para la vida diaria.

“Perdona nuestras ofensas... No podemos pedir perdón si nosotros mismos no perdonamos... El perdón como la gracia, no lo pide para sí sólo, sino para todos los hombres”.

El hermano Carlos entra entonces en la gran intercesión de Jesús por la salvación de la multitud. Ningún rasgo de individualismo en su oración. Se siente solidario con todos los hombres y la lógica misma de la intercesión lo empuja a compartir más y más concretamente la condición de los pobres.

Así, siempre irá más lejos, hasta el Hogar en donde finalmente morirá por haber querido ser solidario del destino de este puñado de hombres, perdidos en un rincón del desierto, hasta el fin.

Su oración lo conduce a enraizarse y hacer solidario. Muchos hombres fueron al desierto para llegar a ser ermitaños. El hermano Carlos no fue para eso, sino para llegar a ser cada vez más el hermano de todos. No fue al desierto para huir del mundo, sino para gritar con toda su vida el Amor con el cual él se sentía amado y el Amor con el cual Dios ama a todos los hombres.

Necesitamos tiempo para rezar, para profundizar nuestro conocimiento de Dios y de la Palabra, pero jamás insistimos bastante que en la vida de Nazaret, la oración estalla y se alimenta de la solidaridad vivida, y que la intercesión supone, implica, un lugar de pertenencia, de compartir la vida, el hecho de “sufrir con...”. Nuestra oración tiene que llegar a ser en cierto modo, el grito, el clamor, de todos aquellos con quienes compartimos la condición.

La intercesión tiene sus raíces muy profundas en el compartir la vida, en el “padecer-con”, pero la fuente y el

dinamismo de nuestra solidaridad humana es la oración. Siempre hay que tener las dos cosas.

Podemos referirnos a la oración de intercesión de Moisés, totalmente solidario él también con el pueblo por el cual interceda delante de Dios. (Ex. 32,7-14; 30-35; 33,12-17). Están igualmente los textos de Ezequiel: Dios busca un permanente en la oración, que se mantenga frente a Él, que se interponga entre Él y la ciudad para impedir que la destruya.

5ª etapa: Una oración centrada en la Eucaristía y una vida bajo el signo de este misterio.

Desde el día de su conversión, la Eucaristía es para el hermano Carlos lo que concretiza su encuentro (p.17) con Jesús Dios. Encontró allí lo que su corazón buscaba: al que había entregado su Cuerpo y derramado su Sangre por él. Toda la fidelidad del amor del hermano Carlos por su muy Amado Hermano y Señor Jesús, se expresa en estas largas horas que pasa a los pies de Jesús, de día y, sobre todo de noche, costándole numerosas vigias

“Cuando uno ama no quiere otra cosa que estar en presencia del Bienamado, no hacer otra cosa que lo que a Él le gusta, buscar su Consuelo, su Bien, su Voluntad, antes que la nuestra”.

Por eso es necesario entender bien lo que era la Eucaristía para el hermano Carlos. No era una “devoción” más o menos facultativa, sino, verdaderamente el lugar de donde sacaba la fuerza de configurar su vida a la del Hijo del Hombre, que dió su vida por la multitud, el lugar donde su oración se hacía una con la de Jesús.

En nuestra vida adoración y celebración eucarística están estrechamente ligadas y es importante insistir sobre ese punto y

sobre el lazo muy profundo que debe haber entre ese sacrificio y nuestra vida de cada día. Hay un librito pequeño, pero profundo del P. Vanhoye: “Misa vida ofecida” que creo podría ayudar mucho.

Para el hermano Carlos la Eucaristía es esencialmente, Jesús, que entrega su vida por la multitud y que le llama a entrar en este sacrificio. Pasa fácilmente del “Sacramento del altar” al “Sacramento del hermano”, al “Sacramento del pobre”. Hacia el fin de su vida, algunos meses antes de su muerte, escribe como una especie de testamento: “La frase del Evangelio que más sacudió mi vida fue ésta: “Lo que hacéis al más pequeño de entre los míos, a Mí me lo hacéis”. Y cuando pensamos que Él mismo dice: “Este es mi cuerpo, esta es mis Sangre”, de qué manera uno es llevado a buscar y a amar a Jesús en esos “pequeños”.

El hermano Carlos encuentra, entonces, aquel que por su corazón ama, tanto bajo el signo del pobre, como bajo el signo del pan. Es importante entender esto para que nuestra mirada sea verdaderamente contemplativa, en este camino de Nazaret. Cuando dejamos la capilla para estar disponibles a aquel que viene, no dejamos a Jesús. El viene a nosotros bajo otra presencia y es importante reconocerlo.

El hermano Carlos resistió mucho tiempo antes de aceptar ser sacerdote y cuando acepta es “para llevar el festín a los pobres”. Piensa en una presencia de Jesús que irradiará a través de aquel, los que le recen, en la medida en que estos se harán “ceranos y pequeños”, en la medida en que aceptarán dejarse comer... Así vivió en Beni Abbès, en Tamanrasset, entregado a todos, no haciendo esperar nunca aquellos (p.18) que venían a buscarlo. Y su muerte al atardecer del 1 de diciembre tendrá algo de eucarística: la Sangre derramada en unión con el Sacrificio de Jesús.

El P. Voillaume escribía un día: “Vivir de la Eucaristía es entregarse a los hombres, convirtiéndose para ellos, por el amor y la contemplación eucarística, en algo devorable últimamente”.

Para ser comidos “útilmente” nuestra oración debe permanecer viviente. Hace falta esa fidelidad por amor, a la intimidad con Jesús, presente bajo el signo del pan partido. Algunos entrarán espontáneamente en esta oración; para otros habrá que respetar ciertas etapas, tener en cuenta ciertas costumbres de oración. Al principio se puede estar un poco perdidos y no hay que dejarse flotar en el vacío en el aburrimiento. Quizá, al principio, es necesario que cada uno se exprese a su manera. Sin embargo, poco a poco, sería bueno ayudar a comprender que el encuentro con Dios se sitúa como al término de una travesía por el desierto. Hay que hacer silencio en el fondo del corazón para escuchar a Dios. La oración del hermano Carlos siempre tuvo esta marca de una espera silenciosa, de una espera que deja a Dios el tiempo necesario para hablar. En esto también puede ayudarnos la Escritura, por ejemplo, 1 Rey 19; el profeta Elías en camino hacia la montaña de Dios debe andar cuarenta días en el desierto y el encuentro con Dios es el “ruido de una ligera brisa”, el “ruido de un silencio”, dice una traducción.

“Dejémosle vivir en nosotros, dejémosle seguir en nosotros su vida de Nazaret. Dejémoslo continuar en nosotros su vida de amor universal. Hagamos de tal modo que podamos decir en todo momento de nuestra existencia: “Yo vivo, pero no soy yo quien vive, Jesús vive en mí”.

6ª etapa: **Una vida que se hace oración. La oración de un pobre.**

El hermano Carlos habla a menudo en sus escritos de la atención al momento presente, porque para él, rezar es, fundamentalmente, recibir la Voluntad de Dios, hacer esta Voluntad. Y el único lugar donde nuestra voluntad puede encontrar la Voluntad de Dios es en el momento presente. Ahí tenemos la posibilidad de decir sí o no a esta Voluntad.

Entonces, rezar incesantemente no es seguramente ponerse tensos para llegar a pensar en Dios, todo el tiempo, si no ser habitados por su Palabra, estar atentos en el fondo del corazón a lo que nos dice. El P. Voillaume decía un día: “El signo que la Palabra de Dios está viva en vosotros es que molesta. Una palabra muerta no molesta, pero una palabra viviente, despierta y quema...” Es importante (p.19) comprender que vivir bajo la mirada de Dios es tratar de recibir la Voluntad de Dios en el momento presente, es tener profunda conciencia de esta posibilidad tan sencilla de encontrarlo a cada instante en el acontecimiento.

Cuando Jesús dice: “Aquel que me has enviado está conmigo, nunca me deja solo, porque hago siempre lo que le gusta” (Jn. 8,29) se siente que es porque “Su alimento es hacer la Voluntad del Padre (Jn. 4,34). A menudo dice también Jesús en el Evangelio: “Es necesario”. Pero está claro que no se trata de una obligación impuesta desde el exterior, sino una necesidad de amor, como por ejemplo, cuando dice a Zaqueo: “Baja rápido, porque hoy es necesario que vaya a tu casa”. Esto quiere decir que el amor que arde en su corazón y que es su mismo ser (Dios es Amor) lo empuja irresistiblemente a buscar y salvar a Zaqueo (Lc. 19,1-10).

En los últimos años de su vida en Tamanrasset el hermano Carlos escribe: “Hay que rezar nuestras debilidades y nuestra pobreza porque son locación de decir y de probar a Dios nuestro amor”.

Vive una etapa muy dura en todos los planos, a menudo tiene el sentimiento de fracaso, su oración es árida, entonces ofrece toda su vida a Dios, una vida pobre. Su amigo Moussa dirá después de su muerte: “Estaba en medio de nosotros con el pobre”.

Y en esta situación de extrema pobreza y no poder, todo lo que parecería aparentemente obstaculizar una vida contemplativa, se vuelve oración: La falta de tiempo, de lugar, la disponibilidad constante y la dispersión que esto trae, el cansancio, la enfermedad, el desánimo...ofrece todo con un corazón muy humilde.

De aquellos de quien Dios es el único recurso en las penas y en la angustia podemos aprender a rezar, porque Él jamás desatiende su llamada: “Un pobre ha gritado, Dios lo oye y lo escucha”.

Una tradición hebrea dice que cuando todas las puertas de la oración parecen cerradas, hay una que siempre da acceso a Dios: la de la sangre y las lágrimas.

Es importante familiarizarse, poco a poco, con la oración de los pobres en la Biblia: la hermosa oración de Ana, al principio del Libro de Samuel, modelo de confianza de aquella que ha conocido la humillación y que Dios no puede abandonar; están los Salmos que repiten los gritos de esperanza y angustia de la humanidad; está en lamento de Job y finalmente, la Virgen María en quien Dios llena la espera y la esperanza de todos los pobres, cuyo Magníficat anuncia las Bienaventuranzas. El rosario forma parte de la oración de los pobres y (p.20) sería una pena no tomar la costumbre de mirar los misterios de la vida de Jesús con la mirada de la Virgen.

Ella vivió profundamente el misterio de Nazaret y fue asociada de cerca al destino del Servidor sufriente.

Hay que guardarse todo bien de despreciar o dejar de lado demasiado rápido ciertas devociones populares que, a menudo, han brotado de la vida y del corazón de los pobres y que, por esto mismo, se unen en el corazón del mismo Dios.

7ª etapa: La oración de compasión sobre la huellas del Servidor sufriente.

La mayoría de la gente vive metida en situaciones de violencia y opresión y, muy a menudo, enfrentados al terrible problema del sufrimiento y del mal, teniendo la impresión que, como en el libro de Job, triunfa el mal.

Rezar esto en esas situaciones ¿no es sencillamente ser el grito, la pregunta angustiante de aquellos que sufren, de aquellos que están aplastados por el mal y que no entienden o se rebelan?

“Nuestro anonadamiento es el medio más perfecto que tenemos para unirnos a Cristo y hacer el bien...” (Carta a Sra. De Bondy, 10 de diciembre de 1916). “Si el grano de trigo muere produce mucho fruto”.

Frente al sufrimiento no hay palabras. Quizá por esto Dios parece dejar sin respuesta el lamento angustioso de Job, su sed de justicia... Dios se revela para actuar, no con palabras sino por su Hijo, Aquel que cumple el destino del Servidor Sufriente (Isaías).

No he encontrado en el Hermano Carlos ninguna meditación propiamente dicha sobre los cantos del Servidor, pero se siente que, cada vez que medita sobre la vida y la

pasión de Jesús, se refiere a ellos implícitamente, porque la figura de Jesús de Nazaret es inseparable de la del Servidor Sufriente, el misterioso Servidor, cuyo rostro parece no ser más que uno con el del pueblo aplastado por el sufrimiento, en lo más profundo del exilio.

Conocéis esos cantos del Servidor en el 2º libro de Isaías, el pueblo elegido lo ha perdido todo: la tierra, la ciudad y el templo, habitación de su Dios. Ha sido deportado y dice en la esclavitud. Y de pronto, se levanta un profeta, cuyo nombre ni se conoce y que presiente que este sufrimiento no es en vano y que, poco a poco, del serio mismo de esta situación desesperada, revela la imagen de un misterioso Servidor: el Justo, el Inocente, que tomando sobre él, el castigo asumirá todo este sufrimiento hasta morir, y ofrecer su vida en intercesión por los pecadores. Entonces Dios lo exaltará haciendo de él “Luz de las naciones” (Is. 42,6). (p.21).

Jesús de Nazaret tuvo plena conciencia de haber sido enviado al mundo para cumplir en su vida el destino del Servidor de Isaías: “El Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por la multitud” (Mc. 10,45).

Hoy tantos países y pueblos parecen misteriosamente asociados en Su carne a esta pasión del Servidor, que permanece trágicamente actual. Sentimos que la lógica de Nazaret nos lleva a compartir con Jesús los sufrimientos, la angustia y el desprecio que marcan la vida de los pobres en esas situaciones de violencia y de opresión.

Toda la vida del hermano Carlos ha sido dominada por el deseo apasionado de imitar a Jesús de Nazaret y de seguirlo hasta el fin de su camino de Servidor.

“Piensa que tienes que morir mártir, violenta y dolorosamente asesinado, y desea que sea hoy”.

En la cruz, la oración de Jesús es su vida ofrecida en el rescate por la multitud y en intercesión por los pecadores. Tocamos ahí el corazón de la oración... porque, en este momento, oración y ofrenda no son más que una misma cosa.

El hermano Carlos nos dejó una oración que es la expresión de su deseo de unir toda su vida a esta ofrenda de Jesús, es la oración de abandono. Esta oración es simplemente el eco de la oración de Jesús: la oración del Hijo aceptando de manos de su Padre su destino de Servidor. Ella evoca, en primer lugar, el salmo 40, de que habla la Carta a los Hebreos: “No quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me diste un cuerpo; no aceptaste ni los holocaustos ni las expiaciones por el pecado. Entonces, Yo te dije: “Aquí estoy para hacer tu Voluntad porque de Mi habla la Escritura” (Heb. 10,5).

- La oración de Getsemaní en el corazón de la angustia: “Padre que se haga tu Voluntad” (Mt 26,42).
- La última palabra de Jesús en la cruz: “Padre en tus manos entrego mi espíritu” (Lc. 23,46).

En la iglesia de Oriente se insiste mucho sobre la oración del corazón, la repetición incansable que se vuelve expresión de único deseo. Esta oración de abandono debía ser para el hermano Carlos como una especie de respiración... Si poco a poco lo fuera también para nosotros..., quizás, entonces, toda nuestra vida se convertiría en oración.

Eutiquio SANZ.

Ideas y orientaciones.

Experiencias de oración en la Biblia.

Oración.

Eutiquio SANZ.

CAMINO DE ORACIÓN EN LA BIBLIA.



IDEAS Y ORIENTACIONES.

Los trabajos que como ideas y orientaciones os presentamos están recogidos de la Fraternidad Seglar. Son trabajos preparados por Eutiquio para las reuniones de Formación de los equipos de la Fraternidad. Todos juntos constituyen un pequeño pero completo curso de oración realmente muy bonito e interesante. Lo hace todavía más interesante la cantidad de textos bíblicos a los que nos remite y los cuestionarios útiles para el trabajo en grupo, pero también para la reflexión y revisión personal. Para los que intentamos seguir el carisma del hermano Carlos nos viene bien trabajos como este que nos ayuda a pararnos de nuevo a mirar nuestra vida.

Introducción.

Lo que aquí se ofrece es un material amplio que puede ser utilizado personalmente, en fraternidad, en retiros o confidencias sobre la oración. Lo ideal sería incluirlo dentro de un catecumenado bíblico en el que las citas adquieren su significado dentro del contexto histórico, social o político desde el que surgen las distintas oraciones. A pesar de su extensión este trabajo no recoge si no una mínima parte de plegarias del enorme conjunto que se encuentran en la Biblia.

Para la Escritura, la primera obra del hombre salvado, la principal acción del Espíritu en su pueblo, es la oración, en donde la Gracia de Dios llega al límite extremo. En Gál. 4,4-7, el grito de Abba (Padre, Papá papaíto...) es proclamado como la culminación de la historia por la que Dios nos habla y que consiste en reconocer que somos sus hijos. (Ver también Rom 8,12 15).

Más que unas palabras dirigidas por el hombre a Dios, según una fórmula fija, la oración se ve en la Biblia como una comunicación, una comunión del hombre con Dios o, mejor aún, como una toma de conciencia de que Dios está en comunión con nosotros, incluso cuando, no oramos.

La oración es ante todo un deseo del Reino de Dios, y en la medida de nuestra participación activa de que este Reino se haga realidad, es una anticipación del Reino cuando Dios sea todo en todos. Por eso el Padre Nuestro gravita en torno a esa petición: "Venga a nosotros tu Reino", y la oración característica de la iglesia, con la que se cierra de la Biblia es: "Ven Señor Jesús, ven pronto" (Apoc. 22,17-20). Por eso es tan (p.24) importante orar y orar bien. Llamados a ser hijos de Dios, en verdad ya lo somos, nos es necesario aprender a vivir como hijos de Dios, para lo cual nos comunicamos con Dios.

La oración no es entonces una tentativa de conseguir que Dios quiera lo que nosotros queremos, sino una súplica para querer lo que Él quiere (Mt. 6,10) aunque a veces el querer de Dios choque con una gran repugnancia por nuestra parte: "Si es posible que pase de mí este trago, pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú" (Mt. 26,39 ss).

La Biblia no se plantea si la oración es inútil, puesto que por una parte Dios es inmutable (no cambia) y por otra, no se mete en el curso libre de los acontecimientos. La noción bíblica

de Dios vive en relación con la humanidad y con la historia, es dinámica, existencial. Se ora antes de reflexionar sobre la oración. La oración es la prueba de que el hombre creyente cree realmente, se siente salvado y vive ya esta salvación. Es la expresión primera y más características de su fe.

1 - LA ORACIÓN EN LA HISTORIA DE ISRAEL.

La constante de las oraciones del Antiguo Testamento (AT) es sin duda su relación con el proyecto Salvador de Dios: se reza a partir de lo que ha llegado, de lo que llega y para que llegue algo, para que la salvación de Dios llegue con plenitud al pueblo. El contenido de la oración de Israel la sitúa, pues, en la historia. Y, a su vez, la Historia de la Salvación está marcada por la oración. Es asombroso constatar cuántos grandes momentos de esta historia están subrayados, por la oración de los mediadores y del pueblo entero, que se apoyan en el conocimiento del plan de Dios para obtener su intercesión en la hora presente. Veamos algunos ejemplos: (p.25)

Moisés:

es como el tipo de todas las figuras orantes del A.T. Su oración, tipo de oración de intercesión, anuncia la de Jesús. Dios salva a su pueblo por su intercesión. Esta oración es dramática, como un tira y afloja para aplacar a Dios y salvar a su pueblo. Sus argumentos siguen el esquema de toda súplica:

- llamada al amor de Dios: "esta nación es tu pueblo". (Ex 33,13)
- llamada a su justicia, a su fidelidad y a su propio honor: "¿Por qué Yahvé, vas a enojarte con tu pueblo, después de todos los prodigios que hiciste para sacarlo de Egipto? Si no los egipcios van a decir: "Yahvé los ha sacado con mala intención para matarlos en los cerros y suprimir los

de la tierra”. Aplaca tu ira y renuncia castigar a tu pueblo. Acuérdate de tus servidores Abraham, Isaac y Jacob y de las promesas que les hiciste, pues juraste por tu propio nombre: “Multiplicaré tu descendencia como las arenas del cielo y les daré la tierra que prometí para que sea de ellos para siempre”. (Ex. 32,11-14, Ex. 32,31-32; 33,12-16: 3 4,9; Núm: 11,11 15; 14,13-19; 21,27; Dt. 9,18; 21,10 y 10,33).

El nervio del argumento para “convencer” a Dios es: por ser quien eres, perdona; si no, darías pie a que se dijera de Tí que eres injusto o que has abandonado a tu pueblo. Si yo intercedo es por tu causa y es por lo mismo por lo que debes escucharme, ya que nosotros no hay ningún mérito de intercesión y mucho menos de acogida. La oración de Moisés se sustenta, pues, en la promesa de Dios, en su fidelidad a sí mismo, y en la cual consiste su justicia. A causa de esta promesa, sellada con la Alianza, Dios se ha puesto al lado de su pueblo (que representa a toda la humanidad) a pesar de su pecado. (Ver también un ejemplo de esta oración de intercesión en Abraham: Gén. 18; en el libro de Job 48,8-10; 37,14-20; Dan. 9,11-19).

- A esta oración se opone “el tentar a Dios”, que es una perversión de la oración, porque en ella se pone a Dios a prueba y equivale a decir que se creará en Él si hace nuestra voluntad. (Cf. Ex. 16 y 17, y los Salmos 38 y 106,32).

Los Salmos:

Hay en el Antiguo Testamento, un libro que fue el manual de la oración israelita. Los salmos son oraciones para todas las situaciones de la vida, personales y, sobre todo colectivas dirigidas al Dios de la Alianza, es decir al Dios que se había

definido y manifestado a Israel, sacándolo de la esclavitud, aunque este Dios sea también el Dios del universo (Cf. Sal. 8,1 y 104). Toda la Biblia induce a los Salmos y se convierte en oración. Dádonos los Salmos, Dios nos pone en la boca las Palabras que quiere oír y nos indica las dimensiones de la oración. (p.26).

Oración comunitaria y personal.

Frecuentemente es el pueblo y no un individuo aislado quien se alegra o se lamenta (Cf. Sal. 44,74 y 77). Pero a pesar de estar destinado al culto comunitario, el salterio no es un simple formulario para ceremonial. El acento espontáneo y concreto indica que su origen está en una experiencia personal. Lo que ocurre es que en la Biblia, la persona, o sea, un particular (enfermo, fracasado, pobre, oprimido, angustiado), tiene siempre carácter corporativo. Los sentimientos de uno son los de su pueblo, y la comunidad se solidariza y se siente expresada e interpretada en ellos.

Oración en la prueba:

La oración en los salmos parte de la existencia en sus diversas situaciones. Hay pocas oraciones intimistas y solitarias (Sal 55,7 y 11,1) y abundan las que presentan la dimensión pública y social con frecuencia desde situaciones límite. Si se llama a Dios a gritos, incluso a rugidos (Sal 79,4.6,7; 22,2; 102,6), es porque todo está en juego, porque se tiene necesidad de Él con todo el ser, carne y espíritu (Sal 63,2). El cuerpo, con sus pasiones y sus alegrías, tiene en la oración de los Salmos la misma importancia que la vida (Sal 32,28). El salmista busca todos los bienes (Sal 38,4; 22) y no los espera más de Dios: “Dios, Tú eres mi Dios... mi carne te desea como tierra reseca, acostada, sin agua...” (Sal 6,3 1-2). El hecho de no renunciar a vivir en Dios ni a hacer camino en la tierra, el creyente se prepara para la hora difícil de la prueba. Fuera de esta perspectiva - la experiencia de

la conducta de Dios en los caminos del hombre - no se puede comprender su relación. Los gritos de súplica parten de los momentos en que la fe y la esperanza son puestas a prueba: el proyecto de Dios sobre el individuo o el pueblo, ¿acabará en fracaso?, ¿se olvidará Dios al fin del hombre? Alrededor del que reza se ignora la oración (Sal 35,5); los que no tienen fe se burlan de él: “¿Dónde está tu Dios?” (Sal 42,4); y él se interroga a sí mismo: su certeza no es de aquellas a las que la experiencia o la vida podría nunca tumbar o resquebrajar (Sal 42, 13,73). Esta certeza ilumina los pasajes, aparentemente autosuficientes, en los que el salmista se proclama a sí mismo inocente, pues no lo hace por complacencia propia, sino porque, hostigado por el enemigo que le llega, él, en medio del peligro, se ha fiado de Dios (Sal 7,4ss y 26).

Oración de confianza:

El clima de la oración de los salmos es la confianza que pasa de las risas a las lágrimas y a la inversa, y que se equilibra entre la súplica y la acción de gracias (Cf. Sal 25, 2; 55,24; 116,10; 23,4; 119; 143). Los salmos que contienen solo alabanza desinteresada a Dios constituyen una parte importante entre los 150 que componen la colección. Esta alabanza de Dios por ser (p. 27) como es, se basa en la experiencia de Israel de haber sido salvado repetidas veces a lo largo de su historia. Por eso a excepción del Sal 87, que termina en desolación, todos los salmos restantes, aun los que han nacido de situaciones sin salida, acaban en un cántico de confianza: “Porque su amor no tiene fin, porque es eterna su misericordia” estribillo del Gran Haylein (Sal 117).

Oración a la búsqueda del verdadero bien:

Esperando de Dios el bien, sea el que sea, el creyente está llamado a descubrir que es Dios mismo el que se da finalmente en todo don. El salmista declara la alegría de vivir

bajo la mirada de Dios, “En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque Tú, Yahvé, estás conmigo” (Sal 4,9); de estar con Él, de habitar en su casa: “¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!”, “Tú eres mi bien, nada hay bueno para mí fuera de Ti”; “La dicha y la gracia me acompañan todos los días de mi vida y mi morada será la casa de Yahvé para siempre, pues Tú me guías por sendas de justicia y aunque pase por valles de tinieblas ningún mal temeré” (Sal 16, 23;65;91;119). El que se deje de modelar por la oración de los salmos está preparado para recibir la vida de Dios y encontrará en ellos cómo expresar esta experiencia.

Oración en la búsqueda de la liberación desde la opresión:

Con frecuencia los salmos son gritos de pobres, calumniados, escarnecidos, exiliados, hambrientos de pan y de justicia, sometidos, torturados, expuestos a la muerte violenta... Salmos para pobres, de los pobres y escritos desde situaciones de menesterosidad. Estos gritos son siempre llamadas a Dios que responde tomando partido por el débil. Existen hoy muchas versiones actualizadas de los Salmos, desde aquella que iniciará Ernesto Cardenal. Sería una experiencia rica una lectura de los salmos desde situaciones de paro, marginación, persecución, cárcel, etc. y añadir o simplificar expresiones más propias o más hondamente sentidas que fueran configurando nuestro propio salterio aquí y ahora.

El salterio, oración de Jesús:

Como judío que era, educado religiosamente en la Biblia, Jesús aprendió a orar con los Salmos, y vestigio de ello encontramos en los Evangelios, sobre todo en su agonía en la cruz (Mt. 27,46 cita del Sal 22,2). Pero además, como cristianos estamos autorizados a leer o rezar los salmos haciendo una transpolación de la esperanza del pueblo judío a nuestra

esperanza en Jesús, lo cual enriquecerá la inteligencia de los salmos y dará a su lectura mayor profundidad. La Biblia de Jerusalén ha editado un salterio con referencias cristológicas y eclesiológicas de cada salmo. Son muchos los comentarios existentes y, algunos, muy asequibles y de gran profundidad. (p.28).

Los Profetas:

Es el poder de intercesión el que vale a Abraham ser llamado profeta (Gen. 28,22-32 y 20,7). Los profetas fueron hombres de oración; así Elías: “Yahvé, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que se sepa que Tú eres Dios en Israel y que yo soy tu servidor y que por orden tuya he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Yahvé, respóndeme y que todo el pueblo sepa hoy que Tú eres Dios y que Tú conviertes los corazones” (1 Re. 18 36 ss). Y Amós: “Por favor, Yahvé, ten misericordia. ¿Que vendrá a ser de tu pueblo que es tan pequeño? (Amós 7,2). Pero sobre todo el profeta Jeremías: la función de intercesor supone una conciencia clara de la distinción y a la vez de la relación que se establece entre el individuo y la comunidad: “¡Ay de mí, que añade Yahvé congoja a mi sufrimiento! Me he agotado en mi jadeo, pero sosiego no encontré. Esto dice Yahvé: Mira que lo que edificué, Yo lo derribo, y lo que planté, Yo lo arranco. No andes buscando grandezas porque mira que Yo traigo desgracias sobre toda carne rebelde, pero a ti te daré la vida donde quiera para que vayas” (Jer. 45, 1-5). Es esta conciencia la que hace la riqueza de la oración de Jeremías, como antes la de Moisés: (Jer. 10,23; 14,7ss;; 17,3; 4,19; 8,18-23; 14,17 ss, 19 - 22). Hay grandes afinidades de fondo y forma entre estas oraciones proféticas y el conjunto de los Salmos. Junto con ellos, los profetas componen un gran tesoro para alimentar la oración del creyente. No sólo por las oraciones que en ellos encontramos, sino por las palabras puestas en boca de

Dios y que podemos considerar como dirigidas actualmente a nosotros con lo que el creyente que lee la Biblia nunca puede decir que Dios guarda silencio.

Los profetas, igual que los Salmos, se prestan a una oración jugosa, fruto de la experiencia simultánea de la lucha y del encuentro con Dios. Puede ser traducido de modo que la palabra de Dios resuene a la luz de los signos de los tiempos

2 - LA ORACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO.

Introducción.

El Nuevo Testamento conoce alrededor de seis términos para designar el verbo “orar”. En él encontramos también un canon de la oración, pero no se trata de una colección, como los Salmos, sino de una plegaria muy corta: el “Padre Nuestro”, que Jesús dice como modelo de toda oración humana en respuesta a la petición de los discípulos. “Enseñanos a orar” (Lc. 11,1-4). El Padre Nuestro no señala el alcance del sentido y también los límites de la oración.

En Mt. 6, 5-15 dice Jesús: “Cuando oréis no hagáis como los hipócritas, que son amigos de (p.30) exhibirse ante la gente mientras rezan”. No hay que buscar admiradores sino dejar la puerta cerrada y orar al Dios que mira en lo escondido, sin más testigos. “Ni seáis palabreros como los paganos, que se imaginan por hablar mucho les harán más caso” .La palabrería es falta de fe, pues Dios sabe lo que nos hace falta antes de que se lo pidamos. La nueva relación con Dios, tal como la establece Jesús, es de Hijo a Padre, pero nunca aisladamente. Por eso nos enseña al llamarle “Padre Nuestro”. Dios está cercano (es Padre), pero no se deja manipular, nos trasciende (es del cielo).

A continuación Jesús establece el reconocimiento y homenaje universal: “Que todo el mundo proclame que eres

Santo”. Después se pide la llegada del Reino de Dios. El Reino de Dios es el cumplimiento de su voluntad: la soledad fraterna bajo un solo Padre. Es un grito de angustia en un mundo lacerado por la injusticia y por las clases: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. La necesidad del alimento suscita el deseo del pan de vida, alimento del Reino: “Nuestro pan del mañana, dánosle hoy” Después se pide ahora el perdón definitivo: “Perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden”. Es la única indicación a la conducta humana que revela la importancia del perdón en los discípulos de Jesús, puesto que es la garantía de que hemos recibido el perdón del Padre: “No nos dejes caer en la tentación sino líbranos del mal”. La tentación fundamentalmente de renunciar a la esperanza de que llegue el Reinado de Dios.

Por nuestra oración Dios anticipa su Reino; por ella también nosotros trabajamos en su venida. En la oración nos integramos en lo que pedimos, participamos del mismo deseo de Dios, lo cual, lejos de evadirnos de un compromiso más preciso, lo exige para que la oración sea honrada. La oración así es siempre eficaz, pues coincide con la voluntad de Dios. Pero no es lo mismo eficacia que inmediatez.

No se nos dice cuándo llegará en plenitud ese reinado; solo se nos garantiza que llegará si lo deseamos, si lo pedimos y trabajamos en la dirección que el Reino exige. Por eso la perseverancia y la continuidad es fundamental en la oración que Jesús enseña: “Para enseñarles que tenían que orar siempre y no desanimarse les propuso esta parábola... (Lc. 18,1-18). Parecida a ésta es la secuencia de Lc. 11,5-9.

La perseverancia nos permite llegar hasta el final, es decir, hasta la armonía entre la voluntad de Dios y la nuestra; la confianza nos da la certidumbre sobre el resultado final. Jesús

nos asegura que esta armonía está ya realizada, aunque todavía en lo oculto (Mc. 11 24; 1 Jn. 5,15). (p.31).

La oración de Jesús.

- a) Jesús parece haber orado poco de una forma libre con sus discípulos; cuando oraba con ellos solía emplear oraciones litúrgicas del antiguo Israel.
- b) Para orar personalmente se retiraba a un lugar oculto y aislado (Mt. 14,23; Lc. 5,16; 9,18 etc.).
- c) Al menos en el tiempo de la Pasión recurre a los Salmos para expresar sus sentimientos profundos (Mt.26,30; 27,46; Jn. 19,28).
- d) El Padre Nuestro parece ser una síntesis de su oración personal que tanto intrigaba a sus discípulos.
- e) Jesús comienza su oración por “Abba”, palabra hebrea que significa “papá”, y no por “Adonaí” o Señor que era lo habitual. Y así inaugura un nuevo estilo y un nuevo modo de entender la relación con Dios.
- f) Lo esencial de la oración de la Cena (Jn. 17) es la unidad de los discípulos con el Padre y de los discípulos entre sí, semejante a su propia unión con el Padre.

Por la Encarnación el Hijo de Dios está situado en el corazón de la búsqueda incesante de los hombres a Dios. El nutre esta búsqueda de esperanza y le da una respuesta, al mismo tiempo alaba al que tiene fe, le anima y le educa (Lc.7,9; Mt. 9,22; 15,8). Situado sobre este fondo vivido, su enseñanza se extiende en primer lugar sobre la manera de obrar con más insistencia que sobre la misma oración: “Y cuando oréis, decir...” Ya hemos dicho que el Padre Nuestro es el centro de esta enseñanza. De la invocación de Dios como Padre, que continúa, superándola, la intimidad de los Salmos, dimana toda la actitud del orante

cristiano. Esta invocación es un acto de fe y un don de sí mismo, que sitúa al hombre-hijo en el ámbito. De ahí viene que haga pasar el primer plano del deseo del hambre de Dios, de su Reino, del cumplimiento de su voluntad. Pero viene también ese pan - que Él ofrecerá en la Eucaristía como su propio cuerpo -, el perdón y la reconciliación con los hijos del mismo Padre, y, por fin la gracia de no derrumbarnos por las pruebas del tiempo que retardan la llegada del Reino.

Las otras prescripciones completan o encuadran el Padre Nuestro; nombran frecuentemente al Padre y deja la impresión dominante de que la certeza de ser escuchados es la fuente y condición de la oración: "Si aquí en la tierra dos de vosotros se ponen de acuerdo, cualquier asunto que pidan, les resultará por obra de mi Padre desde el cielo, pues donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt.18, 19). Y en Mt. 21,22: "Todo lo que pidáis a Dios con Fe lo recibiréis". En Lc. 8,50: "No temas, basta (p.32) que tengas fe y tu hijo se salvará".

Marcos lo expresa de una forma más directa. "Si alguno no vacila en su corazón, sino que cree en lo que le va a suceder, le será conseguido" (Mc. 11,23) o "Todo es posible para el que tiene fe" (Mc. 9,23): Ver también Sant. 1,58.

Ahora bien, si se está seguro es porque se trata del Padre. La certidumbre se funda en la presencia del Padre que ve con amor en lo escondido. Por eso no es cuestión de decir palabras como si Dios estuviera lejos de nosotros.

Nada en el Evangelio será necesidad absoluta en la oración como el lugar que ocupa en la vida de Jesús. Él reza frecuentemente en la montaña (Mt.14, 23), solo o incluso cuando todos le buscan (Mc.1,37). Pero no se puede reducir esta oración solamente al deseo de intimidad silenciosa con el Padre.

Conciérne también a la misión de Jesús y a la educación de los discípulos que son mencionados en cuatro ocasiones relacionados con la oración: en el Bautismo (Mc.3,21); antes la elección de los doce (Mc.6,12); en la Transfiguración (Mc.9,29); y antes de la enseñanza del Padre Nuestro (Lc.11,1). Marcos será también quien mencionará en 1,35 y 6,46 la retirada de Jesús al monte a orar, después de una explosión de entusiasmo popular, con peligro de proclamarle mesías político. Y también en 14,32-42, antes de ser detenido. Pero esto lo veremos con más detenimiento en otro apartado.

La oración de Jesús y su misión.

La oración de Jesús es el secreto que alcanza a su más próximos seguidores y con quienes muestra su amistad haciéndoles entrar en ese secreto que esconde el misterio de su ser (Mc. 9,18). Es algo que les concierna: Jesús ha orado por la fe y la perseverancia de los suyos. El vínculo entre su oración y su misión es claro en los 40 días en que se prepara en el desierto con oración y ayuno para esta misión, porque le hacen revivir y superar la experiencia de Moisés. Esta oración en una prueba: Jesús triunfará mejor que Moisés del proyecto satánico de tentar a Dios (Mt.4,7 = Dt. 6,16). Y desde antes de su pasión nos muestra los obstáculos que deberán triunfar para realizar nuestra propia oración.

a) Estrategia de Jesús, estrategia de la multitud.

De cara a la relación entre oración y compromiso vale la pena profundizar aquí en el papel que desempeñó la oración para clarificar la misión de Jesús, es decir, su "proyecto político", su "estrategia", sus "tácticas" y la "ideología" que acompañó todo el proceso que le llevó a la muerte.

En Mc.1,35 ss, después de una escena en que es buscado por (p.33) una gran multitud, de madrugada, aunque es de noche, buscó un lugar solitario para orar. Simón y sus compañeros vienen a decirle que todos le buscan. La multitud tiene por tanto, una estrategia que la definirá a lo largo de todo el relato y que solo se interrumpe ante el fracaso de Jesús y su comparecencia ante el tribunal romano. Esta estrategia es la de buscar a Jesús para convertirle en líder mesiánico. Simón y los demás discípulos simpatizan con esta estrategia de la multitud e intentan convencer a Jesús para que ceda al reclamo popular, pues le querían hacer rey, enfrentado al poder idolátrico romano. Jesús, sin embargo, propone otra estrategia: “Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, pues para esto he salido”.

Ante el éxito en Galilea, Jesús siente necesidad de aislamiento, de soledad y elabora una estrategia que consiste en huir de la multitud entusiasta y desplazarse a otras zonas. Por eso prohíbe a los que cura que digan por quien y cómo han sido curados, y cuando éstos no hacen caso y divulgan el hecho (con lo que aumenta su fama) decide no volver a entrar públicamente en las ciudades, quedándose fuera en lugares menos frecuentados. Así entra clandestinamente en Cafarnaúm (Mc.2), huyendo tanto del acoso de la multitud como de sus adversarios cuyo objetivo es procesar por subversivo y condenarlo a muerte (Mc.2,7 : Jesús se refugió en dirección al mar con sus discípulos).

b) La clandestinidad de Jesús.

Esta clandestinidad tiene una doble explicación: cuanto más población le busca más se constituye en una amenaza para los detentadores del poder, que ya comienzan a enviar escribas de Jerusalén para hacer indagaciones sobre su práctica (Mc.3, 22; 7,1). Jesús debe prevenirse para llegar hasta el final de su

proyecto. Pero Él, que ha venido a liberar al pueblo, debe también prevenirse de las expectativas mesiánicas que no coincidan con las suyas, porque no coinciden con las de su Padre. Ese es el motivo que pregunte en parábolas, que prohíba a los demonios y a los beneficiados de sus milagros que le proclamen como Mesías o que divulguen su fama y su poder. Y ese es también el motivo por el cual elija a doce para instituirles y educarles en secreto. Ese puede ser también el sentido de las tentaciones de Jesús que Marcos explicitará más cuando se encarne en su discípulo Simón. Es la tentación mesiánica, de la que salió vencedor gracias a la oración

c) La oración es la estrategia de Jesús.

Podríamos decir con lenguaje actual que hay tiempos de la oración de Jesús que son tiempos decisivos para la maduración de su estrategia. Tiempos en los que toma distancia (p.34) en relación a lo que está ocurriendo a su alrededor, para ser fiel a lo que le ha encomendado su Padre y que choca, al menos en parte, con lo que esperan de Él las muchedumbres. Son momentos de una práctica pública en íntima relación con ella. Esto se verá más claro en el proceso que le llevará a la muerte y en el que la oración y la tentación alcanzarán su punto límite.

d) Jesús y los celotes.

La estrategia de la multitud tenía su vanguardia organizada: el grupo de los celotes, entre los cuales contaba Él con discípulos y seguidores (Mc.3; Mt.16,17). El drama de Jesús, drama que tiene su origen en la lucidez que le da su oración al Padre, es que Él está abiertamente a favor de la multitud y de los pobres y, por tanto, a favor de los que luchan por su liberación, y por ello también, abiertamente enfrentado al poder económico, político y religioso, que oprime al pueblo y el poder colonizador

romano. Y, sin embargo, se ve forzado, por fidelidad a su misión, a quedarse solo. Después de la confesión de Simón Pedro, Jesús se va a Jerusalén donde debe morir (Mc.10, 32). Al llegar una gran multitud sale a su encuentro (Mc.11) prorrumpiendo en gritos subversivos, cuyo significado, -escondido en el hosanna al hijo de David- era abiertamente político: Sálvanos de los romanos, típico slogan celote. Esta expectativa tenía su fundamento en la práctica de Jesús, por desconcertante que resultará en ocasiones y, sobre todo, en la gran insurrección que había tenido a Jesús como protagonista en el Templo de Jerusalén, y que había traído como consecuencia un mitin popular y la detención de algunos destacados militantes, de los cuales uno, Barrabas, sería absuelto; y el otro, Jesús, sería condenado por celote. Así lo proclamaba, pese a la discreción con que trata este asunto el evangelio, el letrero que colgaba de la cruz, justificativo de la sentencia: “Jesús Nazareno, Rey de los judíos”.

Sin embargo, Jesús no era celote. Esta confusión es porque la práctica de Jesús era de clase dominada que esperaba la liberación, la “bendición” de los pobres, el Reino de Dios igual que los celotes. Esta confusión que había con otros grupos como los fariseos y los escribas, desde el comienzo, las respectivas prácticas de estos aparecieron bien delimitadas. Pero con los celotes la cuestión era más difícil. Y si sus mismos discípulos estaban imbuidos de celotismo es lógico que les impusiera silencio acerca de su mesianismo, que ellos entendían el estilo celote. Jesús precisamente quería delimitar su práctica de la práctica de los celotes. Por eso escogió para entrar en la ciudad un asno, medio de transporte popular y cotidiano, impropio para la lucha de guerrilleros, cuyos líderes (p. 35) empleaban caballos. Es el momento de ver en qué difiere la práctica de Jesús de la práctica celote.

Una interpretación tradicional, aparentemente espiritualista, pero en el fondo cómplice de la ideología, dominante ha resuelto la cuestión desde hace muchos siglos: los celotes querían una transformación política, económica y social, y a Jesús solo le preocuparía la transformación espiritual y moral de cada hombre. Pero si Jesús no hubiera incidido en la transformación económica y política no lo hubieran ejecutado como un peligroso subversivo. Veamos entonces en qué cuestiones fundamentales se apartó Jesús de la práctica política de los oprimidos de su pueblo.

En la escena de la expulsión de los mercaderes del templo, iniciada con la manifestación de su entrada en Jerusalén, todos vieron una verdadera embestida contra el centro de poder y una verdadera ocupación, no armada, pero si violenta, de la casa de Dios. Jesús coincidía con la pretensión celote de arrancar el Templo de las manos corrompidas de las familias de sacerdotes que lo controlaban a la sombra del Imperio Romano. Pero con una diferencia. Jesús invoca un texto de Jeremías: “¿No está escrito que mi casa será llamada casa de oración para todos los paganos?”. Este destino internacionalista del templo no era compatible con el nacionalismo celote, que quería purificar el templo, pero dentro de los límites de frontera y raza. Jesús pone una estrategia internacionalista frente a una estrategia nacionalista. Si Jesús hubiera cedido a la tentación celote hoy estaría tan olvidado como aquel grupo judío, que se extinguió con la destrucción del templo y la ruina de Jerusalén en el año 70.

La segunda diferencia fundamental la encontramos en las escenas de Getsemaní, Jesús tiene miedo y ora. Es el momento decisivo de la tentación. Pues en la oración de Jesús se manifiestan dos voluntades: “Que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú” (Mc.14, 36), dos voluntades que son

enfrentadas. Jesús no quería la muerte, de lo contrario, no hubiera habido tentaciones. Esta culminará en la cruz: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc.15, 34). La muerte y más la condena a muerte, constituía para un judío una maldición. La muerte de Jesús no era solo un fracaso político, sino la negación de su carácter mesiánico que él mismo expresó en un grito de abandono, del que se sobrepone entregándose una vez más, y ya definitivamente a la voluntad del Padre: “en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Cuando Jesús es detenido pregunta, expresando la confrontación entre las fuerzas represivas del poder y la situación de debilidad de la clase dominada: “¿Habéis salido con espadas y palos para prenderme como si fuera un terrorista? y él, que había pronosticado a los discípulos la necesidad de espada para la obra que se avecinaba, cuando llega esa hora y Simón Pedro emplea violencia con su sicca o machete de celote, Jesús vence la tentación de una resistencia armada: “Todos los que toman la espada, a espada morirán” (Mt.26, 52). Jesús no vino a matar, sino salvar. Por eso rechazó la práctica de la violencia armada, que es la propia de las clases dominantes. “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn.15, 12-13). Dejándose prender y matar y exigiendo la libertad de sus discípulos: “Si es a mí a quien buscáis, dejad que se marchen estos” (Jn.18, 2-9), Jesús ofrece una alternativa al final que no es la de debatirse como celote, ni la de resignarse a la fatalidad. Se deja prender para que sus discípulos pueden continuar su obra por el mundo. La fuerza de los débiles está mucho más en la convicción y en la fuerza ética de la lucha que en los medios armados del poder.

Por estos dos motivos fundamentales, (su carácter universalista y su carácter no violento), la práctica de Jesús se opuso a la de los celotes superando una fuerte tentación

motivada por la presión del ambiente, la voluntad de eficacia y el amor a su pueblo. Y esto podríamos decir con cierta simpleza, pero con no menos las dos, porque Jesús hizo oración. En el huerto lo advirtió a sus discípulos: “Velad y orad para no caer en tentación, pues el Espíritu está pronto, pero la carne es débil”. Sin oración, el discípulo, o se acobarda y capitula o se entrega a la práctica política que no impulsa al amor de Dios aunque pretenda honradamente la liberación de los oprimidos. En la hora de la cruz es cuando Jesús ha probado con la obediencia que es Hijo.

Oración y Resurrección.

La plegaria que parecía encontrar el silencio de Dios por respuesta, es escuchada más allá de la espera. En la hora de la prueba también la oración había sido eficaz. No se le dispensa el trago más amargo (Él mismo lo había condicionado a la voluntad del Padre: “Si es posible...), pero recibe fuerzas para pasarlo (Lc.22,43). Sin embargo, de una manera más radical y satisfactoria, la respuesta a esta oración tan verdaderamente humana de Cristo es la resurrección. “El que en los días de su carne habiendo presentado con insistente clamor y lágrimas, peticiones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte y habiendo sido escuchado en razón de su piedad, venció a la muerte” (Hb.5,7). La resurrección de Jesús es a la vez la respuesta a la oración del hombre por parte de Dios y la respuesta del hombre a la llamada de Dios, que es Dios de vida y de seres vivos y que no quiere la muerte del hombre sino que viva. (p. 37).

La oración de la Iglesia.

a) La comunidad.

La vida de la iglesia en sus comienzos transcurría en el Marco de la oración de Israel. El evangelio de Lucas acaba en el Templo, adonde los apóstoles acudían continuamente... “para alabar a Dios” (Lc.24, 53; Hch.5, 12). Pedro y Juan rezan por la mañana y por la tarde (Hch.10, 9-31); oraban levantando las manos al cielo (1 Tim.2, 8), normalmente de pie y, algunas veces, arrodillados (Hch. 9, 40). “Todos tenían un solo corazón y acudían asiduamente a la oración” (Hch.1, 14). Esta oración comunitaria que prepara Pentecostés presidirá los grandes momentos de la Iglesia en el curso de los Hechos de los apóstoles, la oración aparece así como una de las actividades apostólicas esenciales junto con la predicación (Hec.6,4). Pablo acompaña a las palabras que designan oración con adverbios como: “sin cesar”, “en todo tiempo”, “noche y día”, ver por ejemplo: Rom.1,10; Ef.6,18; Fil.4; Col.1,9; Tim. 5,5... Concibe la oración como un combate: “luchad conmigo en las oraciones que dirigís a Dios por mí” (Rom.15,30; Col.4,12), lucha que se confunde con la labor del ministerio (Col.2,1). Oración también para vencer las contradicciones de la naturaleza: “Por tres veces he suplicado al Señor verme libre de la espina en mi carne, pero el Señor me ha contestado: “Te basta con mi gracia, porque la fuerza se manifiesta en la debilidad”” (2 Cor.7, 8). (p.38).

b) La oración apostólica.

Normalmente la oración no es para conseguir intereses privados, sino que va indisolublemente ligada al designio divino que se cumple en la misión. Todas las súplicas expresadas conciernen al Reino de Dios que hay que promover. La oración aparece como un rasgo de la unión en lo interior del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, en permanente crecimiento (Rom.15, 30 ss; 2 Cor.1,11; Fil.2; Flp.1,19; Tes.5,25; Col. 4,12; 1 Jn.5,16).

c) La Acción de gracias.

La oración Paulina oscila entre la súplica y la alabanza. El mismo comienza sus cartas dando gracias por los progresos en la fe de los destinatarios y suplicando que ellos completen su obra. Parece que la acción de gracias alcanza así todos los demás componentes de la oración: “El que suministra semilla para sembrar y pan para comer, suministrará y hará crecer vuestra sementera y multiplicará la cosecha de vuestra limosna, seréis ricos en todo para ser generosos en todo, y esta generosidad, pasando por nuestras manos, produce acción de gracias a Dios. Porque la prestación de este servicio no sólo cubre las necesidades de los pobres, sino que sirve para dar gracias a Dios, al ver lo obediente que es la fe que profesáis al evangelio de Cristo y lo generosa que es vuestra generosidad con ellos y con todos”. (2 Cor.9, 10).

d) La oración en el Espíritu de Jesús.

Pablo aporta una luz precisa sobre el papel del Espíritu en la oración que nos une a la vida misma de Dios. Pero el que nos hace orar por Cristo, en su nombre, al Padre es precisamente el Espíritu que nos ha sido dado (Rom.8, 15). Por eso podemos llamarle, Jesús: Abba, papá, término que los judíos reservaban a sus padres terrestres y que nunca nadie había aplicado al Padre de los cielos. La razón es que Dios ha enviado a nuestros corazones el espíritu de su Hijo, quien grita en nosotros esta palabra (Gal.4, 6).

Así es la necesidad que experimenta el hombre de justificar su oración en una iniciativa divina que puede quedar realmente satisfecha. Más profundamente aún que una actitud filial es un ser de hijos el que está en el corazón de nuestra oración. Y es el mismo espíritu el que nos da la seguridad de alcanzar estas profundidades desde donde Dios nos llama, y que son las de la caridad. Nosotros sabemos cómo llamar este don que está en el

origen y al término de la oración. Es el espíritu del amor ya recibido (Rom. 5,5 ss), y, sin embargo, pedido (Lc.11, 13). En él pedimos un mundo nuevo y estamos seguros de ser escuchados. En él toda oración es lo contrario de una huida o de una evasión. Es una llamada llena de ansiedad para que se encuentren definitivamente Dios y el hombre “El Espíritu y la esposa dicen: Ven... Sí, ven Señor Jesús. Ap.22, 17-20). (p.39).

CONTEMPLAR ES MIRAR EL ROSTRO DE DIOS EN
CRISTO AMÁNDOLE.
LA CONTEMPLACIÓN ES UNA MIRADA
INTENSA, PROFUNDA, INTUITIVA
ES ORAR CON EL CORAZÓN

La Contemplación

Eutiquio SANZ.

CONTEMPLAR EL AMOR DE DIOS MANIFESTADO EN CRISTO.

La irrupción de Dios en nuestras vidas provoca una respuesta amorosa en nosotros: contemplar su amor manifestado en el conocimiento de Cristo, muerto y resucitado. La contemplación es la grande expresión de la vida interior. Es un acto de amor que nace donde se decanta la experiencia de la salvación, en las entrañas del ser habitado por Cristo Jesús.

Hemos de adentrarnos por el camino de la contemplación con la confianza del que se sabe querido por Dios. Él, que nos eligió, que nos amó primero con un amor gratuito y entregado, sabrá alentar nuestra propia capacidad de amor y de correspondencia.

¿Qué es la contemplación?

San Juan de la Cruz la define como “sabiduría de Dios amorosa”, “advertencia amorosa”, “atención amorosa”, (Cf. Libro de la Noche II 5,1). En Jesús, Dios ya no es Yahvéh “que habita en la tiniebla” (1 Re.8.12), el Dios escondido de Isaías. El amor de Dios manifestado en Cristo, ha redimido nuestra oscuridad y nuestra ignorancia. Por medio de Jesús hemos descubierto el rostro de Dios y hemos contemplado su gloria. Con los hermanos de fraternidad nos vamos adentrando en el camino de la oración y tratamos de hacer nuestras las palabras de San Juan: oír, ver, contemplar la Palabra de Vida capaz de hacernos caminar en la luz.

Contemplar es mirar...

“Contemplar es mirar el rostro de Dios en Cristo amándole” decía el hermano Carlos. Y en el gerundio “amándole” es donde ha de entretenerse la mirada... Es algo más que ver. La contemplación es una mirada intensiva, profunda, intuitiva... “Ver con los ojos del corazón”...para mirar, admirar y contemplar lo que aparentemente está escondido. La contemplación es un descubrimiento, un apocalipsis, una revelación, un desvelamiento. En la fe, es un don que Dios concede solamente a los sencillos. Por ello la contemplación sustenta una mirada limpia, concentrada, orante, contemplar es orar...con el corazón. (p.40).

Callar y escuchar...

La contemplación tiene su ritmo que nos lleva siempre de la palabra al silencio. El “habla Señor, que tu siervo escucha” de Samuel, o el “hágase en mí según tu palabra” de María, ejemplo de todos los que atendieron la oración contemplativa. Una oración caracterizada no por el discurso o la recitación, sino por el AMOR y la ADMIRACIÓN. Cuando la oración se entraña, se hace silencio, escucha, alegría, mirada, acto de amor... Es entonces cuando la oración se hace contemplativa y participa de la sabiduría de Dios amoroso

Cuestionario:

- 1 - Señala lo que te haya gustado más o menos del tema
- 2 - ¿Qué piensas tú que es la contemplación?
- 3 -Dedica un rato esta semana a mirar, callar, escuchar, admirar...cómo es tu relación con Dios

CONTEMPLATIVOS EN JESÚS.

La oración contemplativa tiene como referencia fundamental en el acontecimiento Salvador que es Jesús. A él se dirige nuestra mirada, a él se abre nuestro corazón. En él descubrimos todo el amor que Dios, desde antiguo, nos profesa: su propósito y su designio, su voluntad. Porque “Jesús está en el Padre” (Jn. 1,18), porque “quien lo ve a él ha visto al Padre” (Jn 14), contemplar a Jesús es nuestra tarea. No podemos ser contemplativos sin encontrarnos con Jesús: con el Jesús histórico y con el Jesús de la fe. Con el Jesús que vive en la contemplación del Padre como referencia permanente, como permanente apertura al amor radical del que recibe aliento, fuerza y sentido. Jesús es su rostro porque es y viene de su entraña. Por eso es para nosotros su imagen (Col. 1,15), sacramento de un encuentro que solo por medio de Cristo, con Él y en Él, podemos hacer nuestro.

En Jesús el acceso a Dios es:

Un encuentro de cercanía:

De los labios de Jesús descubrimos que Dios es Padre, Abba, Padre Nuestro, que sale a nuestro encuentro para constituirnos familia de hijos y hermanos. “Todos vosotros sois mis hermanos... Uno solo es vuestro Padre” (Mt.23, 8-9), En Jesús, el rostro de Dios se nos ha hecho, cercano, hemos aprendido hablarle y a pronunciar su nombre: Padre, Padre nuestro... (p.42).

Un encuentro de gratuidad:

En Jesús descubrimos el amor de entrañable, y el amor escondido desde el principio de los tiempos, “la sabiduría de Dios encarnado, destinada por Dios desde los siglos para gloria nuestra” (Rom. 2,17). Es el amor gratuito de Dios que nos constituye hijos y hermanos. Si somos capaces de amar es porque antes nos hemos sentido amados, convocados, reunidos, salvados en torno al Hijo...”Tú no eras nadie hasta que alguien te amo”, canta una balada americana. Él purifica nuestra vida y nuestro amor de toda codicia y egoísmo. Como Él, solo nos queda dar la vida, identificándonos en su amor y entrega.

Un encuentro de fidelidad:

Jesús es el hijo fiel. Fiel a la voluntad del Padre, fiel hasta la muerte y muerte de cruz. Esta fidelidad a la misión, convierte a Jesús en el Cristo, el Cristo entregado. Frente a la sabiduría humanista, Pablo anuncia la subida de la cruz (1 Cor. 1,22 ss), “la sabiduría amorosa de Dios” que está en la raíz de toda oración cristiana: en ella descansa la fuerza de la llamada, el valor de nuestra vocación.

Contemplar la cercanía, la gratuidad, la fidelidad de Dios Padre, en Jesús, por la fuerza del Espíritu, es el contenido fundamental de nuestra oración. En la respuesta de la oración se incluye este compromiso por ser nosotros mismos cercanos, gratuitos y fieles. La admiración nace no sólo del amor de Dios, manifestado en Cristo, sino de la fuerza que infunde en nuestros corazones para hacer posible lo imposible: amar con los mismos sentimientos de Cristo y entregarnos a la salvación de los hombres, nuestros hermanos, con su misma radicalidad.

Cuestionario:

1/ Comenta en tu grupo qué te ha gustado más o menos del tema y por qué.

- 2/ ¿Cuál es tu experiencia de Jesús y tu experiencia del Padre?
- 3/ ¿Cómo anda tu grupo en cercanía, fidelidad y gratuidad?
- 4/ ¿Qué sugieres que se puede hacer para ahondar en estos temas? (p.43).

LO FUNDAMENTAL DE LA CONTEMPLACIÓN.

Ante el fracaso humano histórico de Jesús, ante el fracaso de tantos hombres cuya vida entregada e inmolada aparece como inútil, nos preguntamos no pocas veces que resuelve la oración, para qué la contemplación...Es necesario volver siempre ante ese signo terrible, estupidez para unos, locura para otros, para todos, signo de contradicción que es la cruz de Cristo.

En la cruz de Cristo se comprende lo fundamental de una oración contemplativa: amar, confiar, hacer la voluntad de Dios... No para consuelo interior, no para solucionar mi problema...sino “para que tengan vida” (Jn. 10,1). La vida del hombre y la mujer dependerá siempre, de esta entrega, de este vaciamiento de sí para que otros sean. Por ello, la oración contemplativa reafirma nuestra condición humana, pues nos descubre lo más íntimo de nuestro ser: la grandeza que abre y la misericordia que quisiera nuestro corazón, la añoranza y la necesidad de ser salvado.

Pero la oración contemplativa nos muestra también el amor entregado y rendido de Dios por los hombres y mujeres, un amor difícilmente razonable... La contemplación nos hace entrar en este movimiento, en esta dinámica salvadora y gratuita: ser signos, testigos del amor de Dios, de su trascendencia, de su providencia amorosa, de su misericordia entrañable, de su ternura... La contemplación lleva en su seno una promesa de comunicación, supone el compromiso de hacer crecer en

nosotros y de testimoniar ante el mundo, el amor-revelado de manera tan entrañable e íntima.

¿Qué resuelve la oración, la contemplación? Posiblemente nada o poca cosa, humanamente hablando. Pero para nosotros, creyentes, hijos y hermanos, reconocidos por la ley del amor, ser fieles a la contemplación, a pesar de nuestros límites y de las dificultades que esto entraña, significa que hacemos PRESENTE el amor de Dios en nuestros corazones, en la esperanza de los hombres y en el latido de la historia. (p.44).

¿Cómo alimentar esta presencia sin ser contemplativos?
¿Cómo llegar a la raíz del ser, del amor más hondo y sincero, sin esta capacidad de entrañamiento? ¿Cómo ser testigos del amor de Dios, sin esta experiencia de encuentro y relación con Él?

Lo fundamental de la contemplación, amar a Dios con todo el corazón, intuirle, escucharle y cumplir su voluntad es nuestra vocación de bautizados. No podemos rehuir nunca este encuentro, hecho de amor, de fidelidad, de paciencia. No nos desesperemos. El Espíritu Santo que habita en nuestros corazones, nos dará el coraje y la capacidad de ser contemplativos y descubrir la presencia del amor Salvador que es Cristo.

Cuestionario:

- 1/ Seguramente nos hemos preguntado muchas veces para que vale la oración. ¿En qué momentos nos hacemos esta pregunta? ¿Qué respuestas nos damos?
- 2/ Contesta las preguntas del penúltimo párrafo y ponlas en común en tu fraternidad.
- 3/ ¿Qué podemos hacer, personal y comunitariamente, para que “todos tengan una vida mejor”?

CONTEMPLACIÓN Y COMPROMISO.

Durante mucho tiempo en la historia de la Iglesia se han contrapuesto dos formas de estar: por un lado, los contemplativos, por otro, los de vida activa. Aún hoy quedan restos (y no tan restos) de esta concepción gregoplatónica: cuerpo/alma, fe/vida, espíritu/materia, contemplación/acción... Si bien, también es cierto que ya San Benito, con su famosa fórmula “ora et labora” (reza y trabaja) intentaba unir ambas realidades. Pero, por esa tendencia al movimiento pendular, siempre se subraya una en detrimento de la otra.

Nuestro objetivo es recuperar, por integración, sin negar ninguna dimensión válida de la contemplación cristiana, sobre todo, su dimensión de adoración gratuita y el valor de amar y contemplar a Dios por sí mismo. Desde la espiritualidad de Carlos de Foucauld, que bebe sus aguas en el evangelio, sabemos que la contemplación está esencialmente ligada al vigor de la fe y a la capacidad de ésta de bañar con una nueva luz la vida y la historia. La contemplación es tener una experiencia de Dios, real aunque oscura, en todas las dimensiones de la vida humana. (p.45). Es la capacidad de encontrar a Cristo y la experiencia de haberlo encontrado a través de una fe vigorosa y encarnada (1 Jn. 1,1: “Lo que hemos visto y oído, lo que nuestras manos palpamos del Verbo de vida...”). Este testimonio de San Juan se da siempre en el contemplativo, en la experiencia de su fe.

Este encuentro experimental con Dios que se nos revela en Cristo supone los dos encuentros contemplativos que aporta el evangelio.

El primer encuentro es el de la persona misma de Jesús. El Nuevo Testamento nos presenta este mismo encuentro como la raíz de toda conversión de la fe y de la vida contemplativa. La revelación de Cristo a los hombres de su tiempo (Zaqueo, la mujer Samaritana, Pedro, los discípulos de Emaús, etc.) creó en estos un encuentro y una experiencia contemplativa. Cada uno de ellos es tipo del cristiano, y ser cristiano y haber encontrado a Jesús es lo mismo en el Nuevo Testamento. El mismo encuentro contemplativo lo tuvieron los apóstoles, ya maduro en la experiencia de 1 Jn.1,1. Aparece uno como identificado con la vocación apostólica en la Transfiguración (Mt.17,1 ss.). Este episodio responde al descubrimiento de una dimensión nueva del cristianismo, dimensión contemplativa que va más allá de la acción, “Bueno es estar aquí hagamos tres tiendas...”. El encuentro con la persona de Jesús adquiere para los apóstoles un valor en sí, privilegiado, que supera en este momento la experiencia de la acción.

El mismo tipo de encuentro contemplativo lo tuvo S. Pablo, (2 Cor.12ss; Flp.3ss, etc. y está en la experiencia de todos los santos “Desde que comprendía que había Dios, no he podido hacer otra cosa que vivir para Él, nos dirá Carlos de Foucauld).

El segundo encuentro es inseparable y complementario al encuentro de la persona de Cristo. Es la experiencia, contemplativa también, de la presencia de Cristo en el hermano, sobre todo en “el hermano pequeño y necesitado”. Está tipificado en Mt. 25,31, juicio final: “Tuve hambre... me disteis de comer... Lo que hicisteis alguno de estos mis hermanos, a Mí me lo habéis hecho”. Aquí el encuentro con el hermano sufriente y necesitado (el “pequeño”) y su consiguiente servicio es una experiencia de Cristo, tan contemplativa en este sentido como el encuentro personal con el Señor. (p.46).

Ambos encuentros son inseparables. El primero subraya que el cristianismo es trascendente a cualquier realidad temporal; el segundo que es encarnado e inseparable del amor del hermano. El primero recuerda el primer mandamiento del amor de Dios sobre todas las cosas; el segundo recuerda el mandamiento semejante al primero, del amor al prójimo como a sí mismo. El primer encuentro deriva a la oración contemplativa y a las diversas formas, de relacionarnos con Dios; el segundo al compromiso en la sociedad como experiencia cristiana. El segundo “encarna” al primero y da una dimensión histórica al encuentro con Dios y a nuestra vida de oración.

Esta experiencia de Jesús en el servicio al hermano comunica a la conciencia cristiana toda su dimensión social, no olvidemos que somos y estamos llamados a vivir la fraternidad, sacándola de una conciencia puramente individual y privatizada y de una contemplación de tendencias “platónicas”. Comunica el amor fraterno una dimensión social y colectiva en la medida en que los “pequeños” no son sólo personas individuales sino grupos humanos, sectores sociales, colectivos importantes... Hay en ellos una presencia colectiva de Jesús, cuya experiencia constituye un verdadero acto contemplativo.

La contemplación, así concebida, da un contenido sociopolítico a la fe y ella misma adquiere una dimensión política-social sin reducirse a ella. El Cristo encontrado y contemplado en la oración “se prolonga” en el encuentro con el hermano y si somos capaces de experimentar a Cristo en el servicio a los pequeños es porque ya lo hemos encontrado en la oración contemplativa. La contemplación no es solo descubrir la presencia de Jesús en el hermano (“A mí me lo hacéis”), sino una llamada a la acción en su favor, al compromiso transformador (“lo que hicisteis”). La contemplación de Cristo en el hermano sufriente y oprimido es

una llamada al compromiso. Es el contenido histórico de la liberación cristiana en la Iglesia.

El encuentro-servicio con el pobre, de los creyentes, es contemplativo y hace de ellos “contemplativos en la acción” en la más pura tradición cristiana. Esto no es una expresión automática; se produce en la medida en que la conciencia cristiana emerge. El Cristo encontrado en la oración, como telón de fondo de la acción. El “otro” experimentado y la oración contemplativa se experimenta en el encuentro y con “los otros”.

Este encuentro de Cristo con “los otros” tampoco se improvisa. Supone el haberlo contemplado en la oración, y esta experiencia se reactiva en el servicio a los demás, adquiriendo así un contenido social histórico y purificando nuestra orientación hacia los demás. (p.47).

La entrega al hermano y a su liberación, en cuanto experiencia contemplativa, implica una presencia “acompañante” e intuitivamente iluminadora de ese mismo Cristo encontrado en la oración. Esta conciencia de Cristo es el punto de unión entre la oración y el compromiso, e impide que este último se vacíe, abrazando a ambos en una misma experiencia contemplativa. La mística cristiana es una mística de compromiso.

Cuestionario:

1/ Comenta en tu fraternidad cuál es tu experiencia de Cristo y qué “lugares” te posibilitan en el encuentro con él.

2/ ¿Qué sitio ocupan los pobres en tu vida? ¿Cómo es tu relación con ellos?

3 / Muchas veces decimos: “yo soy apolítico” o “yo de política no sé nada”, o “todos son iguales; no van más que al llenarse los

bolsillos”. ¿Crees que con el Evangelio en la mano se pueden seguir diciendo estas cosas? ¿Por qué?

4/ ¿Qué podemos hacer, personalmente y como fraternidad, para vivir unificadamente en la fe y la vida? ¿Qué podemos hacer, personalmente y como fraternidad, para servir a los “pequeños”?

FELICIDAD Y CONTEMPLACIÓN.

Cuando se piensa en la felicidad se relaciona con la contemplación. La felicidad es un regalo. Es un don gratuito, imprevisto, y que está por encima de lo que buscamos. Uno no puede hacerse feliz a sí mismo. Lo material no basta. Los objetivos puramente terrenos cuando se consideran o viven como últimas finalidades son formas degradadas del ser humano, hombre y mujer. El Bien Universal no puede hallarse en ninguna fuente del campo de la creación, solamente en Dios. “Nos ha hecho para amar e inquieto está en nuestro corazón hasta que descansa en Ti”. (S. Augustin).

La felicidad humana se encuentra en la contemplación. Y no hablamos de contemplación como una manera de felicidad junto a otras. La contemplación desborda al hombre.. (p.48).

Características.

El primer elemento del concepto de contemplación es una silenciosa percepción de la realidad. El segundo es la creatividad, pensar porque si, algo que se nos da, corresponde a la potencia del simple mirar silencioso. El pensamiento es una forma degradada del intuir. Contemplación es intuición, forma de conocimiento que no se mueve hacia su objeto, sino que descansa en él. El que contempla ha encontrado lo que busca: “Mi vivir es Cristo”. Un tercer elemento de la contemplación es la

admiración, parece una realidad que causa admiración, es una apertura al misterio. Y, en ella, aparece el desasosiego porque vemos que algo se nos escapa, "Vivo sin vivir en mí...". En medio del descanso del contemplar apremia el descanso hacia lo eterno:

"Tras de un amoroso lance
y no de esperanza falto,
volé tan alto tan alto
que le dí a la caza alcance".

La contemplación es un modo de ver el mundo: todo converge a un fin y en el fondo de las cosas hay paz, armonía, tranquilidad, apertura... Lo que es prevalecerá sobre lo que no es.

En el hombre que contempla se encuentra la felicidad. Una característica del hombre contemplativo es la sencillez, la paz definitiva. El que es feliz todo lo ve sencillo. Otra característica es la eternidad, la permanencia. El que es feliz y llega a un "ahora en reposo", no se necesita la atención. Atención. El tiempo pasa y todo se concentra en el instante presente. De alguna manera, podríamos decir que el feliz y el contemplativo dan un paso fuera del tiempo. Otro rasgo es que nada se necesita, sino que está en armonía con todo, comparte, se siente en comunión con los seres. La felicidad no egoísta. Lo mismo se puede decir del contemplativo. El descanso, el ocio, la paz son también signos de la felicidad y la contemplación

Pero, ¿es lícito hablar de contemplación mientras hay dolor, maldad, sufrimiento...? La respuesta no puede ser un sí, sin reservas. Cuando se da de comer al hambriento, se quiere que se satisfaga. Cuando se llama al otro, se quiere que seas feliz para que no tenga que necesitarnos en eso que es propiamente humano. Estamos hechos todos para la

contemplación y es posible y necesario que en este mundo haya testigos (p.49).

La vida activa se perfecciona en la vida contemplativa. La vida activa es una disposición a la contemplación, tiene su fin en la misma contemplación. No se niega la acción, que es totalmente conveniente y necesaria, pero ésta ha de llegar a la contemplación. La praxis pierde su sentido al convertirse en un fin. Si no se ha actuado, difícilmente se puede contemplar. Como tampoco es bueno convertir la acción en absoluto, a fin de evitar caer en esquizofrenias.

Ni la felicidad, ni la contemplación tienen sentido si no están fundadas en la realidad. No hay contemplación sin dolor. Es un parto, nacimiento de algo nuevo. La contemplación cristiana tendrá siempre ante el rostro de Cristo crucificado al despedido, parado, hambriento, gitano, enfermo, encarcelado, drogadicto, inmigrante, discapacitado, ancianos... a todos aquellos para quienes la vida no tiene horizontes... No prescinde del Getsemaní histórico y hacerlo sería pecado. Es a través de la lágrima como se descubre la sonrisa limpia. Y cada cosa esconde la marca del origen divino: "Y vió Dios que era bueno...".

La única felicidad humana consiste en amar verdaderamente y en ser verdaderamente amados. Y cuando la amistad se convierte en comunión se hace la experiencia auténtica de la alegría y la contemplación.

Questionario:

Lee: Jn. 16, 20-24; 17, 22-24.

- Es un hecho de la experiencia cotidiana que todo el mundo quiere ser feliz. ¿En qué fundo yo, mi felicidad? ¿En qué crees que la basan los otros?

- Si todos quieren ser felices, ¿por qué hay tanto sufrimiento en nuestro mundo, a nuestro alrededor, en nuestra fraternidad, en nuestra propia vida?

- ¿Qué puedo hacer yo para vivir más felizmente? ¿Qué puede hacer mi fraternidad para ser testigos de la felicidad en nuestro ambiente? (p.50).

Páginas para la oración.



PÁGINAS PARA LA ORACIÓN.

Actitudes que ayudan a orar (1).

Oración.

LA ORACIÓN – LA GRATUIDAD.

Con mucha frecuencia hablamos de la gratuidad, lo gratuito, “estar” gratuitamente... y siempre los juzgamos como algo positivo. Pero, ¿qué es la gratuidad?

- Es la capacidad de “admiración” ante todo lo que descubrimos a nuestro alrededor de bueno y hermoso. Y, fundamentalmente, de la obra de Dios: creación y redención. “Y vio Dios que todo era muy bueno” (Gen. 1,31).

- Es la alabanza desinteresada, sin esperar nada a cambio, de las maravillas del Señor. Esta alabanza se manifiesta con “cantos, salmos, himnos inspirados...”.

- Es la disposición para “mirar” y “escuchar” la Palabra de Dios, meditándola gozosamente, saboreándola en el corazón, interiorizándola. “María conservaba todas estas cosas en el corazón” (Lc. 2,31). Es la “atención amorosa” que nos habla S. Juan de la Cruz.

- Es entrar de lleno en la oración, no buscando su utilidad o nuestro provecho, si no en climas gratuitos, el propio de la verdadera amistad. “Mirar el rostro de Dios Cristo, amándole” (Carlos de Foucauld). Lo verdaderamente importante no es que la oración nos dé frutos, sino que nos posibilite el “trato de amistad con Dios”. (Sta. Teresa).

- Es el saber “perder”, que si nosotros nos la proponemos, nos hace “ganar” (Lc. 7,36-50). Ser capaces de romper nuestro vaso de alabastro con todo lo caro y lo que queremos dentro de él. Algunos puede parecerles “despilfarro”. Jesús lo ve como

“una buena obra”. No se trata, pues, de calcular lo que se pone, lo que se aporta. Cuando lo hacemos así se pierde lo que el otro, los otros, Dios... significan y acabamos sintiéndonos mal y defraudados.

No es fácil vivir gratuitamente. Y, sin embargo, cuando nos encontramos con personas que viven así no sentimos fascinados. Por el contrario, cuando nuestras posturas son interesadas, cuando queremos aparecer más que los otros, siempre acabamos con la sensación de que se crean malos rollos: hay relaciones interesadas, tratamos de imponer nuestra verdad, tenemos miedo al silencio, no queremos saber nada de la cruz y el sufrimiento como algo que forma parte de nuestra vida, nos disgusta el que los otros tengan más amigos que sean más valorados que nosotros. (p.52).

Gran parte de nuestras dificultades al ponernos a orar es que vamos buscando la “utilidad”: queremos tocar, alcanzar, gozar de las cosas de Dios y la oración la utilizamos como un medio para conseguirlo, cuanto de lo que se trata es de celebrar festivamente.

La celebración debe ser la respiración de toda fraternidad. No es un deber, sino una necesidad vital:

- Y celebramos haciendo fiesta porque Dios está presente en nuestra vida, nos ama, nos posibilita empezar de nuevo.

- Y celebramos poniéndonos en actitud de acción de gracias por las maravillas que Dios hace en nuestra vida, nuestra historia.

- Y celebramos y nos ponemos en fiesta por los éxitos obtenidos (en nosotros y a nuestro alrededor), en favor de la liberación, los éxitos del hombre del pueblo, del mundo.

Y esta celebración no es interesada, si no gratuita. Comienza siempre por la alabanza. El Padre Nuestro, oración

por excelencia, comienza así, con la alabanza y la adoración. Incluso en los momentos difíciles de la vida de Jesús existe el deseo que el Nombre del Padre sea glorificado (Jn. 12,27-28; Lc. 22,42). (p.53).

Es cierto que nuestra sociedad no potencia la gratuidad, sino todo lo contrario: la utilidad, la eficacia, aquello que “sirve” y se puede evaluar y verificar mercantilmente. Incluso se piensa que el tiempo dedicado a la oración es tiempo perdido. También en la religiosa de nuestro pueblo descubrimos que se potencia lo que es útil socialmente: bodas, bautizos, comuniones, lo que exhibe, lo que luce, la apariencia, la competencia (ser más que los otros) y el deseo interesado de ganarse el cielo. Esto dificulta la gratuidad.

La oración ha de mover más el corazón que la cabeza, por eso necesitamos recuperar el lenguaje del amor, de los gestos, de los símbolos, el lenguaje de la contemplación, el del simple mirar silencioso, el lenguaje de la poesía, que es el lenguaje creativo (poesía significa “creación”). Se trata, pues, de comunicarse “creativamente” desde la novedad, desde mi momento nuevo, el del otro, de los otros, de la historia... Así nuestra oración será una oración nueva.

Cuestionario:

Además de los textos bíblicos que aparecen en el tema se pueden leer (Rom. 5,11 y Lc. 15 (Parábola del hijo pródigo).

1) Meditar:

- Sobre el Dios que nos presenta a Jesucristo como ternura, amor incondicional y fidelidad. Meditar: sobre el Dios que nos presenta a Jesucristo como ternura, amor incondicional y fidelidad.

- La percepción que tienen los cristianos de esta forma de ser de Dios, su gratuidad.

2) ¿Que experiencias tenemos y como las valoramos? acerca de:

A) Posturas gratuitas de otros hacia nosotros.

B) Posturas gratuitas nuestras hacia otros.

C) Relaciones interesadas que provocamos y sufrimos.

3/ Desde esta dimensión de fe que estamos revisando, ¿qué podemos o debemos cambiar en nuestra vida? (p.54).

Noticias y comunicación.



NOTICIAS Y COMUNICACIÓN.

NOTICIAS DE FRATERNIDAD. Nov. 96

Dos nuevos libros sobre .C, de Foucauld y L. Massignon.

Publicaciones Horeb acaba de editar, dentro de la nueva colección Carlos de Foucauld, la traducción del libro de, J. F. Six. "L'aventure de l'amour de Dieu", en dos volúmenes:

Nº 1: Cartas inéditas de Carlos de Foucauld a Luis Massignon.

Nº 2: Luis Massignon y la vida póstuma de Carlos de Foucauld.

Quien desee adquirirlos o tener mayor información puede escribir a esta dirección postal: publicaciones. Paseo i Fabra Puig 474, 2Q, 3ª. 08031 Barcelona.

Asamblea General International de la Fraternidad C de Foucauld.

El pasado mes de julio tuvo lugar en Lyon esta asamblea quien eligió como nueva responsable internacional a Pepita Pons Munté, quien nos envía su dirección, así como los miembros que forman el equipo internacional.

Viceresponsable internacional y representante de Europa: Monique Ballard (Francia), representante de "América: María Marta Pérez (México), suplente: Gloria Aguerreberry (Uruguay), representante de África: Madeleine de Baets (Bélgica), suplente una ruandesa escogida por ellas mismas, secretaria internacional: Bernadette Raybaud (Francia), tesorera: Angelines Álvarez (España).

La dirección de Pepita Pons Munté es la siguiente: C/ Rectoría 12 -3Q, 4ª. 08980 Sant Feliú de Llobregat (Barcelona). Tlf: 666 18 44 / 685 49 15, Fax 685 49 78.

Asamblea General de la Fraternidad Jesús Cáritas.

Ana Ma. Cortadella nos envía el nombre de la nueva responsable Regional Eulalia Guarro i Vendrell con su dirección y una crónica de su Asamblea General.

Este verano del 24 al 31 de julio, hemos tenido la Asamblea General de la Fraternidad, la cual tiene lugar cada cuatro años en los distintos lugares donde esté presente la Fraternidad. En esta ocasión se ha celebrado en Barcelona, concretamente en la Casa de Espiritualidad María Inmaculada de Tiana (Barcelona).

Fue elegida como responsable (p.56) general Claude Esther Martel así como tres de las consejeras, dos francesas y una catalana. Entran como nuevas una francesa y una polonesa.

Monseñor Joan-Eric Vives, obispo auxiliar de Barcelona, presidió una eucaristía, dando apoyo diocesano a la presencia de representantes de numerosas fraternidades locales de muchos países del mundo y animando a vivir el estilo propio, ofreciendo este carisma a la diócesis de Barcelona como simiente oculta que fermenta en el conjunto. Esta eucaristía tuvo lugar el domingo por la tarde, después de una merienda y un compartir con todas las familias del hno. Carlos residentes en Barcelona. Este fue un momento de gran comunión.

La asamblea trató especialmente los siguientes temas: abrirse al mundo, universalidad de la Fraternidad, humanización de la Iglesia, su dinamismo, lugar y visión de los laicos, vida de fraternidad, pobreza en sus diferentes aspectos y Nazaret hoy: mensaje del Padre de Foucauld.

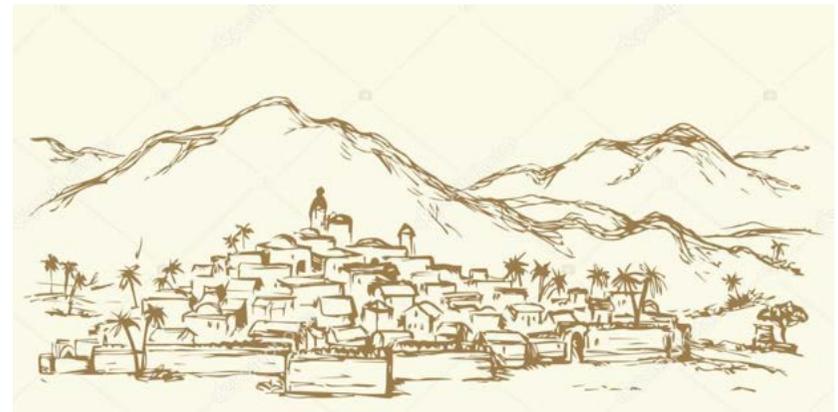
Han asistido el delegado del obispo de Bayona P. Goity y los padres Segundo Galilea de Chile y Nobert Prouin de Francia, asesores de la Fraternidad. Además de sacerdotes amigos y del

delegado episcopal para la vida consagrada en Barcelona, Mn. Josep-Anton Arenas.

El padre Galilea nos invitó, al comienzo de la Asamblea, a escuchar lo que el Espíritu Santo dice a nuestro corazón (Os. 2,16) y a volver a “nuestro primer amor” (Ap. 2,4-5): Dios nos ha escogido desde la eternidad (Jr. 1,5 – Gal. 1,15) y nosotros debemos responder a esta llamada de amor, y para esto tomar muy en serio nuestra vida en el mundo. Tenemos que coger este Amor de Jesús, que da sentido a todos los detalles de nuestra vida.

Fueron unos días intensos de trabajo y de compartir, en un ambiente cálido, expresivo y fraternal. La participación activa de las respectivas responsables y delegadas mostraron el dinamismo que se proyecta hacia el futuro, lo cual nos da mucha Esperanza.

Dispuestas, pues, a continuar nuestra ruta confiamos y pedimos al Espíritu Santo nos guarde fieles a nuestra vocación dentro de la Iglesia y en el mundo.



Toda una vida con los indios tapirapés.

El príncipe Felipe de Borbón entregó a la hermana Geniviève Hélène el 18 de abril, el premio Bartolomé de las Casas, que fue concedido Ex aequo al pueblo tapirapé. La hermana Geneviève, conocida (p.57) por Veva, lleva 40 años trabajando entre los tapirapés de Twayao al nordeste del Mato Grosso brasileño.

En 1950 ingresó en la Fraternidad de las Hermanitas de Jesús más conocidas como las Hermanitas de Foucauld. De 72 años, pequeña, enjuta y enérgica, asegura que “cuando se decidió abrir una fraternidad en Brasil escogimos a los indios, porque eran los más abandonados y concretamente los tapirapés porque estaban en fase de extinción.

Al llegar las hermanas a Tawayao en 1952, la aldea estaba formada por 51 individuos. Sus miembros estaban muriendo por enfermedades, como la varicela, la gripe y la malaria, que habían contraído en su contacto con los blancos.

Gracias a la dedicación y el esfuerzo de las hermanitas de Foucauld los tapirapés han conseguido recuperar su identidad como pueblo y hoy son 400. Una asistencia sanitaria regular, que dirigen enfermeros indígenas, favoreció la recuperación demográfica.

“Nuestra única aspiración, dice la hermana Veva, fue aprender juntos con ellos, valorarlos, encarnarnos en su vida, para que se dieran cuenta que ellos también son importantes”.

El pueblo tapirapé está exigiendo al gobierno brasileño la demarcación de sus tierras, el reconocimiento de sus tierras ancestrales, amenazadas por los madereros, los buscadores de oro y los terratenientes.

La hermana Veva y sus compañeras Odila y Elizabeth, las tres hermanas que forman la comunidad, viven integradas con el pueblo, haciendo su misma vida, subsistiendo como ellos, gracias al cultivo del maíz. Se alojan en una casa de paja y adobe, con un sólo compartimento y duermen en hamacas. Se levantan a las 6h00 de la mañana. Después del café, las hermanas se dirigen en bicicletas a la plantación, que se encuentra a 12 km de la aldea. Allí trabajan, junto a las plantaciones de otras familias, hasta el mediodía, limpiando el terreno, recolectando los frutos... Después vuelven a la aldea, cargando en su bicicleta con la leña, el maíz o las bananas.

Las manos de la hermana Veva nos descubren una vida dedicada al trabajo, al esfuerzo, unas manos de campesina, rudas, esculpidas a golpe de azada y sudores con la Amazonia brasileña. Pedro Casaldáliga ha escrito de ella: “Veva está enferma, operada, pero lo disimulaba con una airoso voluntad como una santa naturalísima, sin el menor alarde. Tierra pura, puro, Evangelio”.

Àfrika G. Gómez. (p.58).



Profeta del litoral recóndito de Colombia.
Gerardo VALENCIA CANO.

Irma Baena, seglar, que vive en una pequeña comunidad campesina de la Fundación San Isidro, dedicada a la promoción del campesinado pobre, nos hacen llegar un hermoso libro realizado por el Centro de estudios Gerardo Valencia Cano, tras 20 años de su marcha a la plenitud. El obispo Gerardo es considerado en la memoria de los humildes como un apóstol y un profeta. En 1953 fue nombrado primer obispo de Buenaventura. Se dedicó a los negros de litoral y se rebeló contra las injusticias y el abandono de las autoridades centrales. Vivió pobremente y convivió con los más pobres. Le dio gran importancia al apostolado seglar. Se despojó de los privilegios episcopales, tratando de imitar el estilo de nuestro pastor, el buen Jesús. Pereció de accidente de aviación, pero hay evidencias de atentado... Escuchemos su voz con este poema que lleva por nombre Fe:

*“Señor yo no quiero creer
como creyeron mis abuelos,
mezcla de temor, de superstición, de desconfianza.
Yo creo que soy tu imagen,
yo creo que Jesucristo fue un hombre
como yo sin pecado.
Yo creo que tú me diste luz
para conocerte, amor para amarte
valor para seguirte e imitarte.
Yo no creo en la suerte de los pobres
ni en el destino de los desheredados.
Yo no creo que unos hombres
nacieron para grandes y otros para enanos.
Yo creo que hay injusticias para reparar.
juicios para corregir, virtudes para cultivar,
y que todo hombre y toda mujer
estamos llamados a ser más perfectos cada día.
Yo creo que si Cristo murió joven y tan mal
no fue solamente por culpa de los fariseos
sino por algo más... por mucho más
por un mundo que habría que restaurar.”*

Gerardo Valencia Cano. 59

MEMORIA del retiro de la Fraternidad de Méjico
Septiembre de 1996.

Estimados hermanos:

Reciban todos un fuerte abrazo fraternal en la alegría de que el Señor nos ha llamado para ser hermanos y amigos.

Espero que todos se encuentren bien y que esta comunicación esfuerce nuestra unidad.

Asistimos solo cinco hermanos sacerdotes: Toño, Chencho, un servidor Nacho y dos nuevos, Baltazar Jiménez Luján de la diócesis de Ppantla y Julio Tinoco Martínez de la Cuernacaca.

Desde un principio vivimos un ambiente de confianza y en esa forma transcurrió el retiro. Baltazar es médico, antropólogo y se ordenó hace apenas 2 años; Julio tiene tres años de sacerdote y mucha experiencia en Comunidades Eclesiales de base. Comprobé una vez más, que vienen los que Jesús nos envía. Él lleva la Fraternidad Jesús Caritas, nosotros somos sus colaboradores.

En esta ocasión tuvimos una experiencia de sencillez de vida: lavamos los platos después de las comidas, lo cual sirvió para acá que las hermanas Cecilia y Vicky pudieran comer con nosotros y se les ayudó en su trabajo. También las hermanas nos facilitaron un video de la vida del hno. Carlos, hecho por los hermanitos del Evangelio.

La ausencia de algunos hermanos que iban a dar algún tema o servicio no fue obstáculo para la marcha del retiro, pero hubiera sido más rico con ellos aquí. Practicamos la sugerencia de la vez anterior y llevamos la revisión de vida por escrito. La comida del jueves fue un poco más tarde y así nos dio tiempo hacer sin prisa la reunión final.

Los aportes de Julio y Baltasar fueron muy ricos y están animados a seguir adelante. Leopoldo Sánchez nos habló desde Apatzingan para expresarnos su solidaridad en la oración. (p.60).

En fin, una gracia más de nuestro Señor que nos llama silenciosamente por este ánimo de servicio a los sacerdotes.

Al terminar el retiro nos fuimos todos de paseo a Tepoztlán guiados por Ángel Sánchez, quien, entre otros muchos dones, tiene el de ser buen guía. Cenamos una pizza en el restaurante Marco Polo y tarde llegamos a Monasterio.

A la mañana siguiente después del desayuno, los hermanos de Papantla: Toño, Chencho, Baltazar salieron para sus lugares Ángel, Julio, Estela (una religiosa que trabajó con Ángel en la parroquia de Chiptlán), y yo nos fuimos a pasear a, un lugar que fue un centro ceremonial donde está, en bajo relieve, un evento extraordinario que nos muestra la grandeza de las culturas pre colombianas: un ajuste del calendario en Mesoamérica, ojalá que para el próximo retiro podamos volver. De allí nos fuimos a comer en los jardines de la ex-hacienda de Chironcuac, construida en el siglo XVI, para Martín Cortés, hijo del conquistador. La capilla de la hacienda sirve ahora de templo parroquial. Fuimos atendidos muy bien por el joven párroco con quien compartimos una deliciosa carne asada. Visitamos la hacienda y nos fuimos, pues Ángel tenía la misa a las 6h00 de la tarde en su parroquia. Él nos llevó todo el tiempo en su carro e hizo gastos por nosotros.

Así fue, hermanos, espero que nos veamos pronto. (p 61).

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD.

María Ángeles Monterola, en el nombre de la Fraternidad Carlos de Foucauld, nos envía este escrito que define lo que es la Fraternidad Carlos de Foucauld. En el número 3/96 aparecía una presentación de las distintas familias pero la Fraternidad Carlos de Foucauld aparecía con algunos errores que esta comunicación desea subsanar.

La Fraternidad Carlos de Foucauld tiene su origen en la Fraternidad Jesús Cáritas que comienza en Francia en 1962 con la ayuda del padre Voillaume.

A lo largo de los años, en diversas Asambleas Generales Internacionales, la Fraternidad hizo un proceso de reflexión en la búsqueda de nuestra propia identidad que culminó en la Asamblea General Internacional en agosto de 1991 donde un grupo muy numeroso de entre nosotras iniciamos un nuevo camino en la Iglesia, constituyendo la Fraternidad Carlos de Foucauld, Asociación Privada de Fieles, perteneciendo al Consejo de Laicos.

Dentro de las Familias del hno. Carlos lo que nos caracteriza es ser un grupo de mujeres laicas, célibes, que tratamos de vivir la espiritualidad del hno. Carlos.

Es en pequeños grupos de fraternidades donde revisamos nuestra vida a la luz de la Palabra de Dios, en escucha de las hermanas, respetando nuestras decisiones personales en lo profesional y en nuestros compromisos.

Vivimos nuestra entrega a Dios en lo cotidiano. En la diversidad de profesiones y situaciones familiares. Concretamente en las dos regiones del Estado español trabajamos profesionalmente en la sanidad, la enseñanza, en trabajos sociales, empleadas, obreras... siempre en actitud de servicio a los más necesitados.

Nuestros compromisos son también diversos, en grupos parroquiales, en barrios marginados, en la promoción de la mujer, en la ayuda de los presos, drogadictos y familiares, y en otros compromisos sindicales y políticos y en organizaciones de ayuda al Tercer Mundo. (p.62).



Un libro un amigo.



UN LIBRO UN AMIGO.



De nuevo con otro libro de ese gran maestro de oración que es Jean Lafrance. Aunque en esta ocasión, más que un libro es una serie de textos de igual longitud y bastante breves destinados a mantener la oración.

ORA A TU PADRE no es sólo un libro para momentos de oración, sino también una guía útil para quien quiera dedicar unos días a intensificar su vida interior. No se trata de una serie de meditaciones escritas al azar para alimentar la oración sino de una experiencia de oración que responde a un camino concreto y bien orientado, en la que la persona orante pueda hacer su propia experiencia de manera creciente y ordenada.

Una experiencia así se nos ofrece en la Biblia, y la Iglesia nos

invita a revivirla hoy en la vida y en la liturgia de cada día. Allí descubrimos que Dios nos llama a vivir con Él una relación de amistad. La alianza de Dios con el hombre es tan íntima, tan vital, y tan concreta que en adelante intentar hablar de Dios sin hablar a la vez del hombre es una quimera. Y también, al contrario intentar hablar del hombre sin hablar al mismo tiempo de Dios es una abstracción.

Jean Lafrance nos va llevando de la mano para conocer los pasos de los grandes orantes de la Biblia a los que Dios, se ha revelado, y al contacto con Adán, Abraham, Moisés, Elías... el hombre descubre que no se puede leer la Palabra de Dios, como un turista o con la curiosidad de un captador de imágenes o de ideas. Desde esta Palabra de Dios tres veces Santo, Amigo, Huésped, sume al hombre en la adoración y el amor invitándolo a descalzarse, a vivir con Él y en Él.

Hoy todavía, como en tiempos de los profetas, Dios nos repite: "Estoy contigo". Cristo Resucitado no cesa de estar con los suyos hasta el fin de los tiempos. Y en ese estar juntos se revela como amigo hasta hacerte experimentar su amistad.

Este es el fin de este libro que aparte de introducir en una experiencia de oración y ayudar a avanzar en ella adjunta unos índices para programar con intensidad esos días de retiro y encuentro con Jesús que tantas veces necesitamos.

FRATERNIDADES del Hno. Carlos de Jesús en España

FRATERNIDAD SECULAR "CARLOS DE FOUCAULD"

Equipo responsable coordinado por: M^a Rosa Elías Guilera
C/. Corcega, 404, 3^o- 2^o - Tel. (93) 4574559 - 08037 BARCELONA

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

Región Centro Sur: Margarita Muñoz Aceituno. C/. Amago 5 - 6Q A
Tel. (925) 824757 - 45600 TALAVERA DE LA REINA (Toledo)
Región de Cataluña: Monserrat Munté y Matas. C/. Guitad, 11 - 2^o, 3^o
Tel. (93) 490 70 91 - 08014 BARCELONA

FRATERNIDAD IÉSUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

Responsable: Eulalia Guarro y Vendrell - Olzinelles, nº 5-2^o-2^a puerta
Tel. (93) 3314246 - 08014 SAN FELIU DE LLOBREGAT (Barcelona)

FRATERNIDAD SACERDOTAL "IÉSUS CÁRITAS"

Responsable: Ión Etkezarreta Zubizarreta
Parroquia S. Pío X - Tel. (943) 108350 - 20600 EIBAR (Guipúzcoa)

COMUNIDAD DE JESÚS, Asociación Privada de Fieles (Matrimonios consagrados, célibes consagrados y laicos comprometidos)

Responsable: Ramón M. Giro. C/Joan Blanques, 10,1
Tels. (93) 213 41 10 - 2136587- 08012 BARCELONA

FRATERNIDADES DE BETANIA

Fraternidad General. C/ Trafalgar, 70, 1-1Tel. (93) 2682368 -08010-BARCELONA

HERMANITAS DE JESÚS

C/. Cristo de la Victoria, Blq. 153-2^o Izda. Tel. (91) 4756089 - 28026 MADRID

HERMANOS DE JESÚS

C/. Hoyo Higuero 14, 6o H - Tel. (95) 2359010-29003 MÁLAGA

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

C/. Derechos Humanos 7 - Tel.(927) 459038 -10680 MALPARTIDA DE PLASENCIA (Cáceres)

HERMANITAS DEL EVANGELIO

C/. Foios, 3, Pta.-9, B^o La Coma, Tel. (96) 3631752- 46980 PATERNA (Valencia)

HERMANOS DEL EVANGELIO

C/ D. Quijote, 5. Tel. (950) 322743 - O4740 ROQUETAS DE MAR (Almería)

SODALIDAD CARLOS DE FOUCAULD (para vivir el carisma en solitario)

Información: José Luis Vázquez Borau
Paseo Fabra i Puig, 474, 2-3, Tel. (93) 427 46 16 - 08031 BARCELONA

FRATERNIDAD DE EMAÚS

C/ Calvario, s/n, Tel (964) 61 21 74 - 12232 TORRECHIVA (Castellón)

HERMANITAS DE NAZARET

Santa Engracia 107, 111 -5^o-1^a - Tel (93) 359 17 81 - 08016 BARCELONA

mística UNIVERSAL

Quando se ama, querriase hablar sin cesar del ser amado, o al menos mirarle sin parar; la oración no es otra cosa: es la conversación familiar con nuestro Bienamado. Se le mira, se le dice que se le ama, se alegra uno de estar a sus pies, se le dice que se quiere vivir y morir para ÉL..."

(Carlos de Foucauld)

